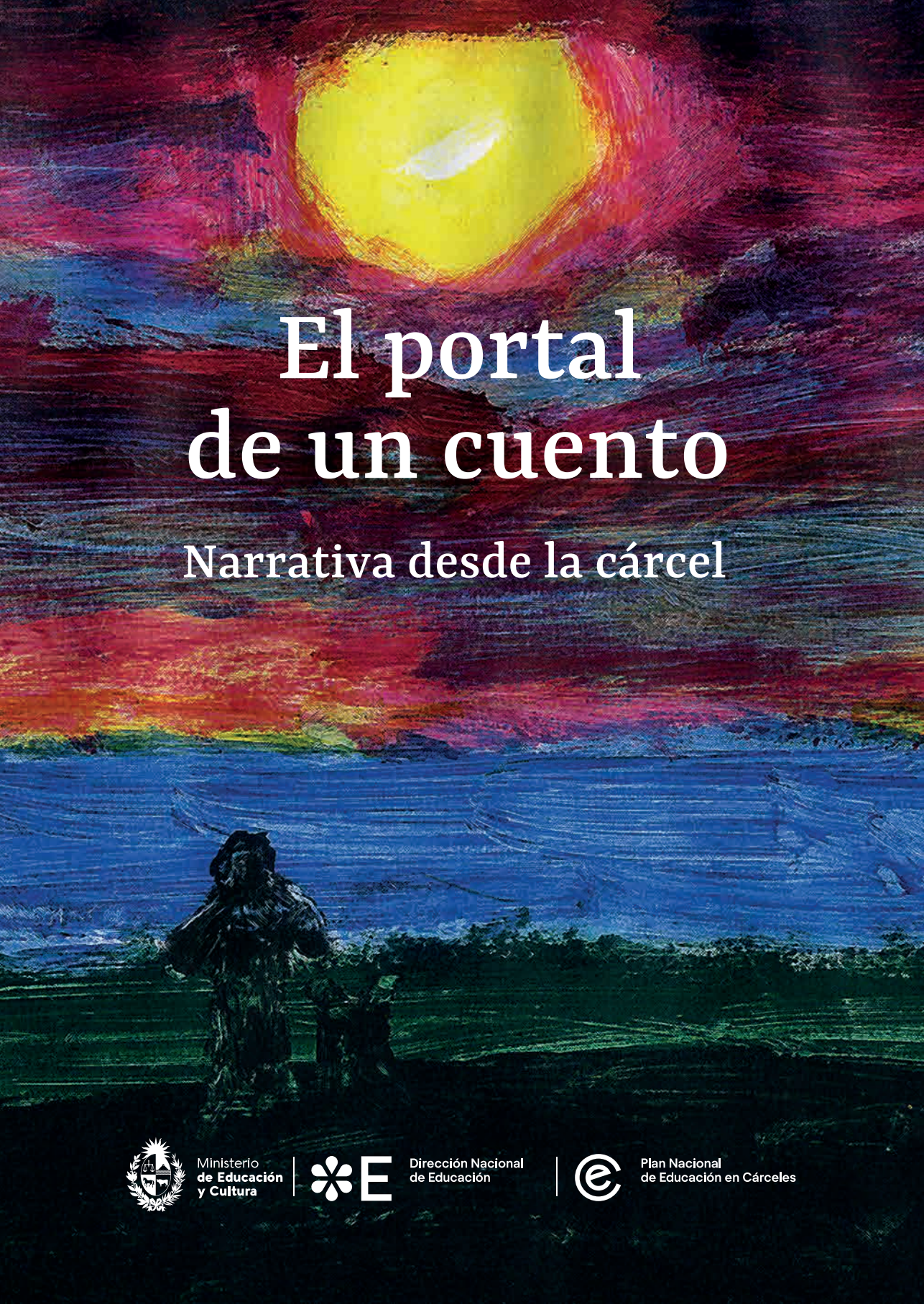




El portal de un cuento

Narrativa desde la cárcel



Ministerio
de Educación
y Cultura



Dirección Nacional
de Educación



Plan Nacional
de Educación en Cárceles

El portal de un cuento

Narrativa desde la cárcel



Ministerio
de Educación
y Cultura



Dirección Nacional
de Educación
Innovación Educativa



Plan Nacional
de Educación en Cárcel

AUTORIDADES

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

PRESIDENTE

Luis Lacalle Pou

VICEPRESIDENTA

Beatriz Argimón

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

MINISTRO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Pablo da Silveira

SUBSECRETARIA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Ana Ribeiro

DIRECTOR GENERAL DE SECRETARÍA

Gastón Gianero

DIRECCIÓN NACIONAL DE EDUCACIÓN

DIRECTOR NACIONAL DE EDUCACIÓN

Gonzalo Baroni

Octubre 2024

ISBN - Formato impreso:

ISBN - Formato digital:

Aclaración: No obstante la imposición lingüística acerca de los modelos de género, a efectos de hacer más fluida la lectura de estos documentos, se usará el masculino genérico que en todos los casos refiere a ambos sexos.

ÁREA DE INNOVACIÓN EDUCATIVA

RESPONSABLE

Luisa Fernández

PROGRAMA NACIONAL DE EDUCACIÓN EN CÁRCELES

EQUIPO TERRITORIAL

Federico Veiga

Nicolás Jara

Natalia Rognoni

Agustina Torres

EQUIPO TÉCNICO

Federico Guillén

Valeria Fajardo

Germán García

Martin Cerisola

Agustina Martínez

COORDINACIÓN DE LA PUBLICACIÓN

Nicolás Jara

CORRECCIÓN DE ESTILO

Pilar Barreiro

APOYO

INSTITUTO NACIONAL DE LETRAS

Nicolás Der Agopían

Matías Núñez

Victoria Estol

PROGRAMA DE LECTURA Y EDUCACIÓN LINGÜÍSTICA

Evelyn Aixalà

Manuel Barrios

JURADO DE LA SELECCIÓN DE TEXTOS

Guillermo Degiovanangelo

Mariana Figueroa

Manuel Barrios

ÍNDICE

9	Presentación
12	Prólogo
15	Premiados
17	Eduardo Rosano - El Arma de Chispa
21	Juan Andrés Vaz Labrot - Martes de Ro
25	Diego Federico Chiruchi - En tercera
29	Menciones
31	Leonardo Andrés Pereira López - Carne especial
33	Diego Castaño - El Poeta y el Amor
35	Leonardo Techera - La luna
37	Sebastián Silvera - La Aldea
43	Anthony Viana - Me di cuenta
47	Miguel Antonio Bauzil - El Último Agoutí Paca
51	Moisés Sebastián Núñez Colo, Facundo Ezequiel Castro Colo Un buen compañero
53	Alejandro Ramírez - Issac
57	Bruno Inmamorato - The Lost
59	Nidia Da Rosa - Noche de soledad
61	Luis Alberto Sellanes Orihuela - La sombra del silencio
63	Seleccionados
65	Facundo Escoto - La laguna de la vida

- 69 Florencia Rodríguez - **Vida a la cual nos enfrentamos**
- 73 Gustavo Bardier - **Ella**
- 77 Fabricio Gastón Castaño Álvarez - **La chica del sótano**
- 81 Ana María Igorra García - **Mujeres**
- 85 Dylan Araujo - **Wildemar y Marlene, Juan y Susana**
- 89 Luis Godoy - **Azahara**
- 93 Félix Bogado - **Historias de campo**
- 97 Johonattan Rodríguez - **Momento de luz**
- 99 Katerin Támara - **Una noche aterradora de verano**
- 103 Daniela Aberasteguy - **La historia de Aurora**
- 107 Mauricio Amoroso - **Corredores desolados**
- 113 Julio Viera - **Las ruinas**
- 115 Yimi Soto - **La Foto**
- 117 Martín Azambuya - **Ella**
- 121 Silvia Pérez - **La historia de bichito ser**
- 125 Belén Machado - **La corbata**
- 129 Paola Do Santos - **Celda V**
- 133 Bernardo Soares - **Historias, cuentos y leyendas urbanas de la frontera (Rivera)**

PRESENTACIÓN

En el año 1931, en el pequeño pueblo de Fuente de Vaqueros, Federico García Lorca inauguraba una biblioteca con la consigna «medio pan y un libro», para reivindicar con pasión el hambre de cultura que anida en muchos cautivos.

Con el impulso de casi 100 años, el siguiente compilado de cuentos busca generar condiciones para escribirnos y leernos, la posibilidad de narrarnos, para ser trasladados un acto performativo a otros sentidos, pensamientos y territorios, de los autores y de sus posibles lectores.

A pesar de la hostilidad que impone el encierro y el ficcional distanciamiento con el afuera, se despliegan acciones interinstitucionales en un concurso de cuentos que propone el acercamiento de diversas historias que necesitaban ser contadas. Cada relato a-sombra propone horizontes de oscuridad y de claridad, invita a transitar por algunos de los paisajes de nuestra contemporánea humanidad.

Al lector queremos decirle que logre adentrarse con avidez en cada historia para generar un efecto polinizador, que germine y florezca —no se sabe en qué rincón de una cárcel— y esparza un poco de cada historia. Los autores ya han cumplido con creces su parte en esta trama, resta ahora invitar al lector a dejarse impresionar.

Programa Nacional de Educación en Cárceles

Dirección Nacional de Educación
Ministerio de Educación y Cultura

Decía la escritora española Ana María Matute que «[...] la palabra es el arma de los humanos para aproximarse unos a otros». Somos una especie particularmente frágil , pero con la cualidad asombrosa de imaginar y la necesidad imperiosa de explicar el mundo con historias. La literatura nos permite entendernos y entender lo que nos rodea, pero también nos habilita a soñar vidas que posiblemente nunca vivamos, pero que de algún modo nos habitan.

La publicación que tienen entre sus manos nos atraviesa con relatos diversos de amor, de amistad, de muerte, de desesperación, historias que necesitan ser dichas y compartidas. Les invito a acercarse a ellas, libres de prejuicios, con el único propósito de disfrutarlas.

Estos hombres y mujeres, escritores y escritoras, han tenido la valentía de liberar su imaginación para derribar muros y poner en palabras su mundo interior. Quizás también, en palabras de Ana María Matute, hayan encontrado en la literatura «el faro salvador» de sus tormentas.

Evelyn Aixalà Pozas
Coordinadora del Programa de Lectura
y Educación Lingüística (DNE)

Desde sus comienzos, en 2020, el Instituto Nacional de Letras ha buscado propiciar un diálogo dinámico entre el patrimonio literario nacional y la obra de escritores actuales, a través de la realización de exposiciones de artes visuales, incentivos a la edición, talleres o la publicación de *e r m*, la revista de periodismo cultural del Instituto.

El concurso Portal de un cuento: narrativas desde la cárcel, organizado por el Programa Nacional de Educación en Cárceles, es el tipo de proyecto que amplía los límites de la comunidad literaria al poner en circulación una gran variedad de voces y miradas poco visibilizadas. Esto no solo implica que quienes escriben desde la cárcel puedan encontrar en lo literario una modulación para sus experiencias y fantasías, sino también que los lectores —especialmente los de afuera— tengan la oportunidad de entrar en contacto con historias que les permitan cuestionarse sus propias certezas y prejuicios.

Instituto Nacional de Letras
Dirección Nacional de Cultura
Ministerio de Educación y Cultura

PRÓLOGO

Acostumbrados a entrar en una biblioteca con fama de lugar silencioso, esta te habla, te cuenta y te abre un portal a nuevos mundos.

Terminas de leer un cuento de Quiroga y te llevo desde el living de tu casa hasta la selva misionera y te convierto en un cazador, en una tortuga, hasta en un venado. Lees *La Biblia de Neón* y puedes convertirte en un niño que creció sin papá y con muchas dificultades. Puedes pasar a través de Agatha Christie y ser un gran o una gran detective, resolver casos oscuros, sangrientos. Te puedo llevar al futuro a luchar para salvarme y para salvar a la literatura; salvarme y salvarte de los bomberos, o te puedo llevar a Marte con las mejores *Crónicas Marcianas*. Mostrarte cómo se puede habitar ese planeta, introducirte e instalarte en el futuro cuando vengan las lluvias. Puedo encarnarte en el más puro y duro amor de Neruda, podrás enamorarte de lo más inmenso y sencillo de la vida, a través de *El Profeta*, de Yibrán Jalil Yibrán. Dios, en un principio, me utilizó humildemente junto a sus palabras para que se pudiera hacer el día y la noche.

No solo en la lectura me vas a activar, puedes ir a través de mí con solo mirar una pintura de Miguel Ángel o de Leonardo Da Vinci, te puedo transportar a través de hermosas notas musicales de Mozart, Chopin, Vivaldi. Creo que no fueron los primeros, pero el año pasado en un lindo emprendimiento innominado, un lindo grupo de personas me utilizaron como

nombre para su proyecto y me encantó. Aclaro que esa idea fue de uno de los participantes que me identificó y comenzó a traspasarme. Hoy por hoy mi nombre está siendo usado para un concurso de cuentos, cuentos que harán abrir y transcurrir por nuevos mundos, viajes, desafíos, aventuras, romances y mucho más. Me agrada estar presente y que en este desafío me convoquen y aprendan que cualquiera de ustedes me puede activar, que cualquiera de ustedes me puede utilizar. Cuántas veces me han transitado, cuántas veces se han valido de mí y nunca se percataron, nunca se dieron cuenta de que pueden llegar a ser creadores de esto tan lindo que soy. Señoras y señores, niños y niñas, jóvenes, con mucha, pero mucha humildad, me presento, para ustedes y de ustedes: EL PORTAL.

Biblioteca de nombre, Portal de apellido,
los invita a leer esta colección de cuentos:
Enrique Piñeyro y colectivo editorial Libres de Mentes,
Unidad 4, Santiago Vázquez, INR

PREMIADOS



Ilustración: Christian Arocena.

PRIMER PREMIO

Eduardo Rosano

El Arma de Chispa

Hoy amaneció lluvioso y mis compañeros todavía duermen, el único ruido de la mañana es el agua de lluvia que corre por el desagüe, haciendo los días más largos y menos soportables. Guardo con cuidado los cuadernos y agarro mi abrigo con la esperanza de tener clases.

Al llegar, como todos los días, voy al único asiento libre apoyado en la pintura de la basílica al fondo del salón, pero esta vez hay algo diferente, algo que no logro distinguir y me tiene inquieto.

Intento usar la pared buscando acomodo y mis brazos se entumecen, mi cuerpo se hace más liviano y mis manos se desvanecen poco a poco pero nadie lo nota, la imagen del salón lentamente se vuelve oscuridad.

Después de unos minutos el silencio y la tranquilidad son interrumpidos por un estruendo que le devuelve la forma a mi cuerpo, ahora tendido en el barro, pero en libertad.

Observo en detalle y con asombro a mi alrededor que las vestimentas, los colores y los sonidos son extraños, y que el caos y la desesperación adornan el paisaje de un lugar en ruinas.

Mientras intento comprender lo que sucede, las campanas de lo que parece ser la basílica comienzan a sonar muy fuerte y un grupo de hombres armados y confundidos por mi presencia me levantan del suelo a punta de fusil.

La gente comienza a correr y se puede escuchar a lo lejos el sonido de cañones que anuncian lo inevitable.

Una lluvia de proyectiles cae sobre las pocas construcciones que aún quedan en pie, una bala de cañón impacta contra una de las campanas y genera una nube de polvo y escombros.

En medio de las explosiones, uno de los hombres me entrega un arma y grita que vaya al frente. Aturdido y sin saber qué hacer, corro hacia una de las trincheras improvisadas buscando la mínima posibilidad de sobrevivir. Entonces me doy cuenta de que ese revólver ya había estado en mis manos, es el mismo que desapareció después de aquel robo hace más de quince años.

Inmediatamente el miedo se apaga y la adrenalina se detiene, cuando un hombre de voz profunda y calma, sentado a mi lado como si siempre hubiese estado ahí, dice «Tú no eres de este tiempo».

Agobiado por la intensidad de lo que sucede, le pregunto en qué año estamos, pero solo se limita a contestar, «Han sitiado tu ciudad».

Las balas de cañón vuelven a golpear fuerte y comienzo a aceptar mi destino.

Pero el señor de patillas largas y voz profunda vuelve a hablar,
«No temas, no morirás aquí, pero debes saber que has robado el
arma de Juan Antonio Lavalleja y para volver a tu tiempo deberás
esconder el arma en esta época, así la encontrarán y llegará a tu
tiempo y nuevamente la volverás a robar, pues ese es el precio
de alterar el destino de los objetos que tienen alma propia».



Ilustración: Jonathan González

SEGUNDO PREMIO

Juan Andrés Vaz Labrot

Martes de Ro

En el silencio impregnado de anhelo, donde el reloj parecía detener su tic-tac para concederle un instante más al tiempo, se encontraron. Ella, envuelta en el aura de la espera, aguardaba con el corazón latiendo al ritmo de los segundos que parecían eternos. Él, portador de la demora, se acercaba con pasos que resonaban en la distancia como susurros de un futuro incierto.

El encuentro, ese momento suspendido en el aire cargado de expectativas y emociones, desplegó su propio ritmo. Cada mirada, cada gesto, cada palabra pronunciada resonaba con la solemnidad de un reloj de arena que se detiene en su último grano. El tiempo, cómplice de los amantes separados, parecía conspirar para prolongar ese instante hasta el límite de lo infinito.

En medio del bullicio de la cárcel se hallaron como dos náufragos en un mar de multitudes, donde solo existían ellos y el espacio que los separaba. Las palabras flotaban en el aire impregnadas de significados más profundos, mientras sus manos se buscaban en un gesto de reencuentro que trascendía lo físico.

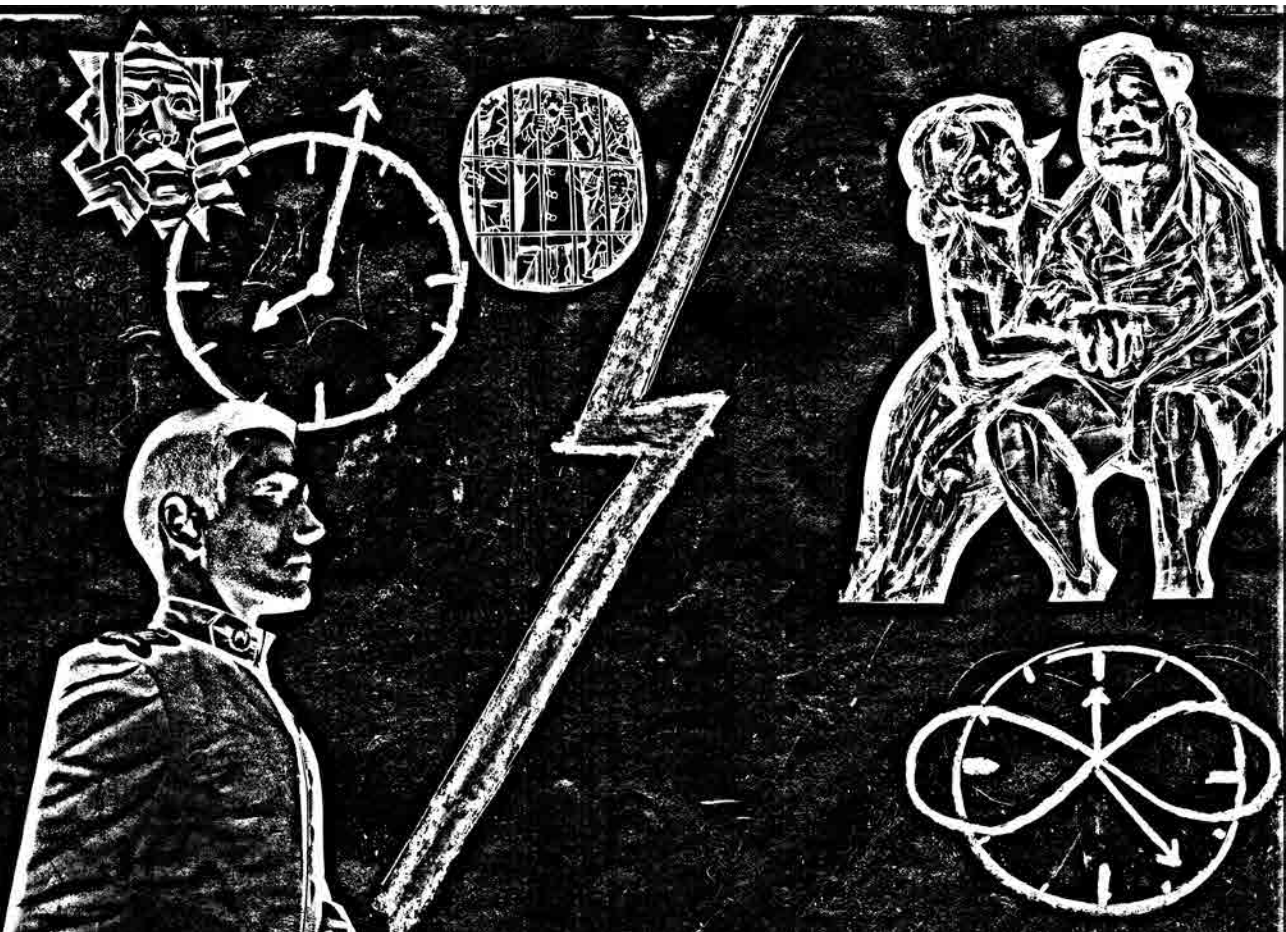


Ilustración: Jonathan González

Cada segundo se dilataba como si el universo entero se detuviera para observar la comunión de dos almas que se reunían después de una larga travesía. Los relojes seguían marcando el paso del tiempo, pero para ellos el mundo se había detenido en aquel momento único y etéreo.

Y así, entre abrazos que parecían no querer soltarse y miradas que hablaban más que mil palabras, el tiempo del reencuentro se deslizaba con la cadencia de un suspiro profundo. En ese instante nada más importaba que el aquí y el ahora, el presente eterno donde el pasado se disolvía y el futuro se dilataba en un horizonte de posibilidades infinitas.

Y cuando finalmente se separaron, con la promesa de un mañana compartido en los labios y el eco de su amor resonando en el alma, supieron que aquel momento había sido más que un simple encuentro en el tiempo. Había sido la culminación de una espera, la confirmación de un amor que desafiaba las fronteras del tiempo y del espacio, y la certeza de que, aunque el reloj siguiera marcando el paso de las horas, su amor perduraría más allá de cualquier medida temporal.

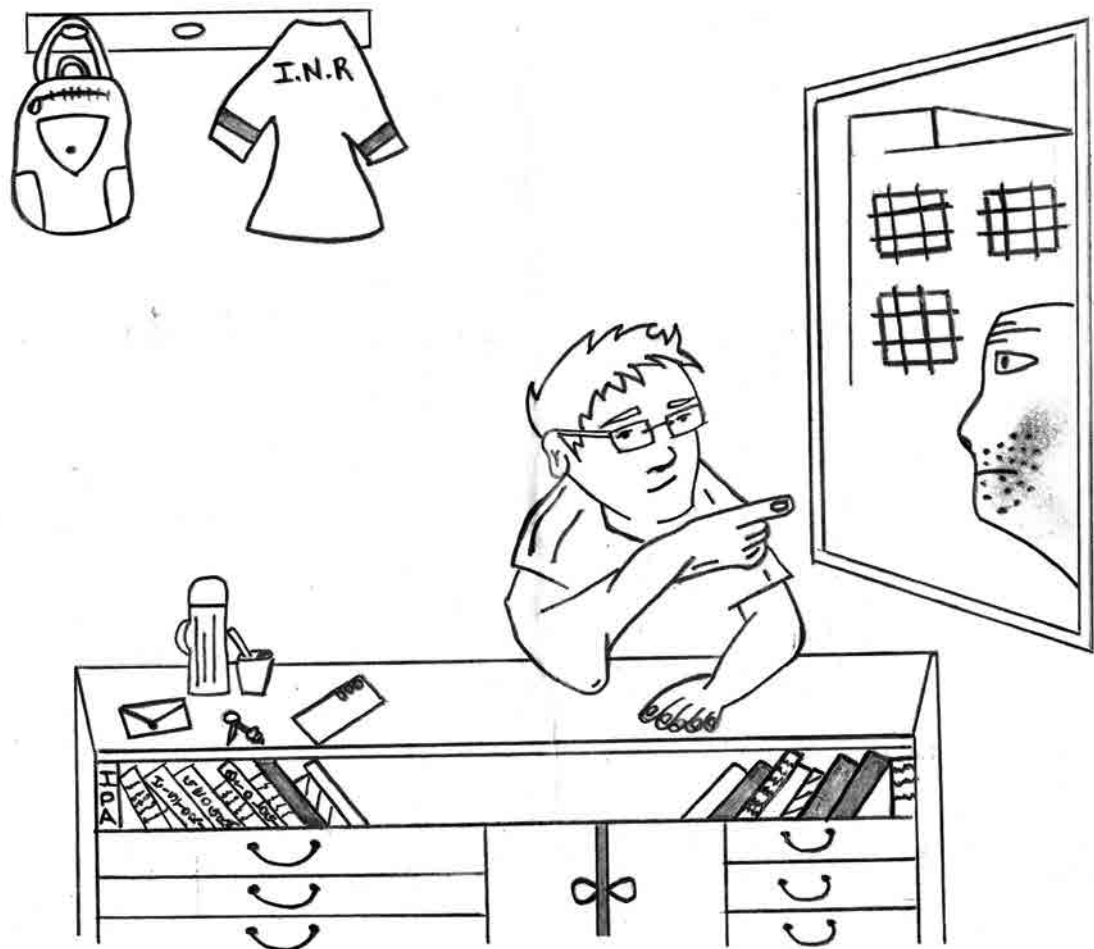


Ilustración: Christian Arocena.

TERCER PREMIO

Diego Federico Chiruchi

En tercera

Se despertó, apenas pudo divisar su mano quitando la pesada frazada de su cuerpo. Se sentó en el filo de la cama, el día parecía otra trampa más. Afuera, solo el murmullo de lo que será luego distancia. Se miró al espejo y se notó viejo y torpe, adormecido y apenas vigente para enfrentar las causas que ayer desafió. Antes de arrancar decidió vaciar su mente de recuerdos, miró a su hijo dormido y tal vez soñando con una patria más justa y soberana. No dijo palabra, no adjetivó sobre ningún efecto ocasionado por el dolor, no participó de las ideas de un nuevo renacer y, por sobre todo, no fue cómplice del desvío eterno de esta desesperación.

Otro lunes más de vacilantes compases que desafinan al paso de una canción oculta, la mirada puesta en la vereda, la vereda de lleno en la calle, la calle directa hacia el corazón y la ruta ... la ruta a la espera de verlo pasar atormentado, aislado de verdades y pasiones, armado de caricias que quedaron en pretéritos imperfectos. El motor enciende pero su alma aún impaciente no despegas del claustro. En el camino va adivinando lo oscuro, lo real y lo aparente de la desgracia. Los caminos de ripio han quedado atrás, por delante solo ansiedad y algo de sol pero del

tibio, del que apenas seca el rocío de una noche pálida. El gran puente es testigo de su ir y venir, del desierto al deshielo, de la desventura a la pasividad, de miedo en pausa, de canción en pericias, de río a mar. Cruza por el viejo pueblo, ese que vive de las esperanzas que se van junto al río y que mueren en ese dulce mar. La llegada no es más gris que su mirada, que sus días, que esta advertencia de posible depresión. Su pasada por el gran portón se interpreta cada día como una oportunidad más de renacer. Se escanea y solo en la pantalla aparecían sus pequeños sueños, diluidos por los rayos invasivos que atraviesan su piel y sus infantiles penumbras. Camina y observa, comprende que el viento es otro prisionero más en esta gran jaula importuna. Se cambia y, mientras eso sucede, algo parecido a la ansiedad recorre su cuerpo. El gris disfraz está listo, otro día en Saigón, otra vez a la vanguardia. Sale a buscarlos, a los que no pueden circular libremente por ese predio mayor que esta patria dio. Es ahí donde se arma de valor y de coraje, atrás queda su hijo varón, su chupete gastado, las horas en el IPA y tantas horas de ansias de pasión. Momento de acordar, de intentar escapar de las clásicas burlas por su función, por su penar, por su ideología cargada de preguntas. Se encuentra con los otros y en ese traslado perpetuo hacia la palabra recuerda que todo valió, que a veces hay recompensa, que de la miseria se puede escapar para perderse en las páginas del último libro olvidado en una biblioteca que apenas sostiene su esencia de pie. El día no deja de transcurrir nuevamente entre lamentos y agradecimientos, entre un poco de susurro y algo de bullicio atronador. Se fue, no se despidió ni sé su nombre,, nuevamente el camino inverso, el pueblo lo vio pasar sincero y audaz y el puente ... el viejo puente de hierro sobre el pajonal fue testigo de su despliegue

empecinado por volver a desmitificar relatos. Llega, besa a los niños, a su mujer, se toma un baño y deja de hablar en tercera persona. Él es operador penitenciario, su nombre no sale ni en radio ni televisión, no es agente de verdadera devoción, es apenas sombra dentro de la gran prisión, es solo mera transformación. Se duerme, empobrecido, atento hasta el último parpadeo.

MENCIONES



Ilustración a cargo del grupo de la biblioteca
de la Unidad Penitenciaria N°.17,
Campanero, Lavalleja.

Leonardo Andrés Pereira López

Carne especial

Todo comenzó una tarde en el mostrador de la carnicería. Riuk Kamamoto pensaba en todos los problemas financieros sin encontrar una solución para salvar a su familia y a su carnicería de la quiebra. Así partió por las calles de Kyoto que eran bastante solitarias.

Fue cuando Riuk se cruzó con un vagabundo, lo cual era muy común encontrar en las calles de Kyoto.

—¡Dame todo tu dinero! —le dijo el vagabundo.

—No tengo dinero —respondió Riuk.

Acto seguido el vagabundo desenfundó una navaja y atacó a Riuk. Él era una persona bastante fuerte y corpulenta, se defendió e hirió de muerte al extraño vagabundo. Asustado por lo sucedido y sin saber qué hacer, decidió llevar el cuerpo a su carnicería. Observó su carnicería semivacía por lo que decidió sacar provecho de esa mala situación en la que se encontraba, fue así que Riuk hizo pasar al cadáver del vagabundo por carne animal y la puso a la venta. Esa misma mañana llegó su primera cliente y le pide un trozo de su mejor corte de carne, sin

dudarlo, Ruik le vendió un trozo del vagabundo. Al día siguiente al abrir su carnicería volvió la misma clienta del día anterior diciéndole.

—Buenos días, soy la señora Sakura, quisiera saber si tiene más carne de la que me vendió ayer —preguntó la señora.

—¡Por supuesto! —respondió Ruik, sorprendido ...

—Quisiera encargarle ... kilos —dijo Sakura.

—Me quedan ... kilos —respondió Ruik—, los otros 20 kilos los puede los puede pasar a buscar mañana.

Así que Ruik esa misma noche salió en busca de su carne especial. Con el transcurrir del tiempo salió de todas sus cuentas y su carnicería prosperó. Pero un día apareció el detective Itachy pidiéndole un trozo de su corte especial que ya era popular en todo Kyoto. Ruik ignorando que este era detective le vendió un trozo de carne de vagabundo. Dos meses más tarde el detective volvió a la carnicería y le pidió a Ruik que lo acompañara porque tenía que mostrarle algo. Así que fue, llegaron a la comisaría de Kyoto, el detective Itachy le mostró como evidencia los trozos de carne humana que él estuvo vendiendo en su carnicería hasta ese momento. Ruik fue condenado a muerte por 17 asesinatos. Un tiempo después, sin saber lo sucedido con Ruik, la señora Sakura fue a la carnicería a comprar su carne especial y se encontró que estaba cerrada y en la puerta 17 tipos de flores diferentes la adornaban.

Diego Castaño

El Poeta y el Amor

Existió hace no muchos años un poeta que viajaba por el mundo en busca de paisajes, situaciones e historias para poder conectar con su inspiración. Pero antes que nada hablemos un poco de este poeta, él era medianamente petiso, pelo negro lacio y con cara inexpresiva. Así fuera el peor de sus días él siempre mantenía el mismo semblante. Era de Latinoamérica más precisamente de Uruguay, pero mundialmente reconocido. Además de ser poeta era filósofo contemporáneo, su poesía se basaba en lo cotidiano y, a su vez, no tan cotidiano, en las cosas simples, pero inexplicables. El propósito de sus viajes era encontrar lugares a los que pudiera darles vida propia, hacer que ellos tomen vida. Que un árbol en relación con su entorno se convierta en una historia algo armónica.

Este poeta había escrito poemas hermosos sobre muchos temas, pero se enfocaba en el Odio, pero no el odio al prójimo, sino un odio que nacía desde dentro de sí mismo, una especie de rencor a la vida que hacía que sus poemas tomaran una connotación oscura. Pero, al mismo tiempo su poesía mostraba y expresaba la realidad de su época. Este poeta no tenía hijos y su familia era muy poco expresiva en el sentido amoroso,

por lo que nunca pudo escribir poemas de amor, y aquello lo frustraba, por más que lo intentaba sus escritos no expresaban amor. Nuestro poeta recorrió Inglaterra, Francia, Dubái ... pero aun así no lograba escribir un poema de amor.

Una noche, en su escritorio con la pluma en su mano, pensó que, tal vez, hay una única y poderosa razón de por qué no podía escribir poemas de amor. El hecho es que a pesar de sus innumerables conocimientos él no sabía nada de amor. Intentó convocar a diversas parejas y las interrogó, preguntándoles qué era el amor.

Decidió descansar y fue a una cafetería cercana a tomar café. A pesar de su cara inexpresiva, un anciano se sentó frente a él y le preguntó: ¿qué lo tiene tan afligido? Él le contestó que era un reconocido poeta, que ha escrito poemas de todo tipo, que fue premiado en varios países, pero que nunca había logrado escribir un poema de amor. El anciano lo contempló un instante ... luego le preguntó ¿viaja usted solo? Sí respondió él. ¿Y usted ha tenido pareja? A lo que respondió, no. Es ese el problema mi amigo, usted no puede escribir sobre algo que no conoce, ni ha experimentado. El poeta lo miró fijamente y una lágrima brotó de sus ojos.

Leonardo Techera

La luna

Era una noche cálida, despejada, con una suave brisa, una noche de verano como cualquier otra. La única diferencia es que me sentí observada, estaba como desnuda y aunque mostraba toda mi magnificencia, de tal forma que todos me pudieran ver, había un chico que tenía su rostro totalmente iluminado por mi brillo. Estaba pensativo, esperanzado, ansioso, y me miraba como si en mí estuviera viendo a esa persona, una persona a quien extraña con todo su ser. Yo era para él, para ese chico enamorado, como un espejo y creo que lo soy para muchas otras personas. En fin, soy la luna y ese chico de triste mirada y brillo esperanzado, estoy segura, que no me veía a mí cuando me miraba. Sino que recordaba a esa chica que estuvo con él una vez y estará en él siempre.



Ilustración: Bryan Veiga.

Sebastián Silvera

La Aldea

El motor del coche había estado tosiendo durante más de dos millas y cuando parecía que estaba a punto de exhalar su último suspiro nos hallamos ante una empinada cuesta. Recé para que no nos encontrásemos atascados en aquel punto y perdidos en la salvaje belleza del campo uruguayo. A mi lado, Bryan me miraba asustado cuando yo me inclinaba sobre el volante y pisaba el acelerador tratando de aprovechar las ... auto. Era evidente que algo andaba mal debajo del capó y yo no era muy entendido en estos dilemas.

El viejo Fiat subió con mucho esfuerzo el trecho final de la cuesta y se paró al llegar a la cima. Saqué el contacto, puse el freno de manos y con Bryan nos bajamos. Contemplamos el otro lado del monte donde el camino descendía en dirección a la extraordinaria pradera.

Aquella tarde de verano del año 2014 era hermosa. En aquellos años era una zona del Uruguay rural que había cambiado poco en el curso de los años. Las casas de campo estaban como acurrucadas junto a estrechos caminos, se vivía del trabajo en el campo, sus cultivos eran transportados por tractores cargados

de chatas de madera. Bryan y yo habíamos decidido explorar estos campos en nuestro viejo turismo aquel verano de nuestras vacaciones por el interior de los campos uruguayos. Saqué mi mapa del auto, de todas las carreteras, lo estude y señalé un punto en la linde norte de las praderas de Durazno. Estamos por aquí ... creo yo —señalé. Bryan, delante de mí, estaba observando la carretera. —Allá abajo hay un pueblo —dijo. Seguí su mirada—. Tienes razón. —Podía verse el campanario de una iglesia entre árboles, y también un trocito del tejado de una casita.

Contemplé delicadamente el coche y la carretera. —Podríamos ir hasta ahí con el motor apagado —dije, —pero no más lejos. —Siempre será mejor que pasar la noche aquí. —Volvimos a subirnos al coche, puse punto muerto y solté el freno de mano. El Fiat empezó a rodar suavemente hacia delante y tomo velocidad. Envueltos en un fantástico silencio, rodamos cuesta abajo en dirección al lejano campanario. Llegamos hasta las afueras de la que resultó ser una pequeña aldea de una docena de casas, entonces el auto se detuvo, nos bajamos y nos asustamos de nuevo porque estaba todo desierto. Yo había resuelto llamar a una de las casas y, a pesar del temblor que movía mi cuerpo, traté de explicarle al cura, que de la nada salió de la iglesia, lo que había sucedido con nuestro auto. Pero por desgracia este padre era francés ... Y de pronto pensé, el cura era viejo y yo conocía algunas frases en latín, ojala el recuerde algo de esa lengua de sus días escolares ... traté de hablarle pero no me contestó. Pensó un rato y después me hizo una seña para que lo esperáramos allí. Se echó andar a paso vivo calle arriba y entró en una casa que, por lo que vi más tarde, al pasar enfrente de ella, era el café del pueblo y sin duda su centro vital. El cura salió unos minutos después acompañado de un hombre

alto. Estos al llegar a nosotros empezaron a hablar entre ellos muy rápidamente y creí entender que no querían que el auto permaneciese toda la noche bloqueando la calle. Luego de unos minutos el hombre alto sin decir nada más asintió con la cabeza y se fue de nuevo solo dejándonos al cura, a Bryan y a mí solos esperando en ese lugar ... Luego de unos minutos se apareció a lo lejos una vieja camioneta manejada por este hombre, Rápidamente, cuando llegó a nuestro lado, se bajó y de inmediato colocó un gancho en la parte trasera de nuestro auto y lo dispuso carretera abajo. Un trecho después llegamos la sitio donde dejaríamos nuestro auto en reparación hasta el día siguiente. -¿Qué vamos hacer hasta entonces? Murmuró Bryan.

Llamé la atención del cura, puse ambas manos juntas a un lado de mi cara e incline la cabeza en el ademán internacional de la persona que quiere dormir. El cura comprendió y rápidamente hubo otra conversación entre él y el hombre alto, no entendí nada, pero el campesino levantó un brazo y señaló hacia alguna parte. Entonces se volvió hacia mí y me indicó que deberíamos tomar una maleta del coche y subir a la parte trasera de su camioneta. Momentos después nos pusimos en marcha hacia la carretera, el amable sacerdote nos despidió con la mano y nos volvimos a verlo. Nuestro silencioso chofer siguió la carretera hasta el otro extremo de la aldea, cruzó un puentecito y subió una cuesta. Cerca de la cima se metió en el patio de una granja, se detuvo cerca de la puerta y nos indicó que bajáramos.

El hombre se bajó y llamó a la puerta. Un minuto después apareció una mujer madura y de pelo negro. Este se le acercó, le habló y nos señaló, ella asintió con la cabeza y el hombre satisfecho volvió a su camioneta y nos indicó la puerta abierta.

Después se alejó. La señora nos invitó a entrar, dejamos nuestra maleta en uno de los cuartos donde nos quedaríamos hasta el día siguiente. Momentos después la señora, sin preguntarnos nada, nos llevó a la habitación, luego nos ofreció algo de comer. Inmediatamente, Bryan y yo le agradecemos su hospitalidad... Exhaustos por el viaje nos acostamos a descansar y esperar a que la noche pasará para poder ir por nuestro Fiat. Fue una típica noche de verano, súper calurosa, con un hermoso cielo tupido de estrellas y, para variar, lleno de mosquitos. Como pudimos, pasamos la noche. A la mañana siguiente nos levantamos y la señora nos estaba esperando con la mesa pronta para que desayunáramos ... Unos momentos después tocaron a la puerta de la granja. Era aquel hombre alto que nos había auxiliado con nuestro auto. Nos dijo, a su manera, que fuésemos con él, inmediatamente comenzamos a juntar nuestras maletas y muy agradecidos con la señora de la granja nos despedimos. Nos fuimos junto al hombre en su camioneta y anduvimos por un estrecho camino, hasta llegar al punto donde estaba remolcado nuestro viejo y querido Fiat.

De repente el hombre freno su camioneta, se bajó de ella y rápidamente se subió al Fiat y de la nada sentimos el hermoso sonido de aquel motor encendido que sonaba como el rugido de un león en plena sabana. Bryan y yo sonreímos y sentimos una paz rotunda porque nuestros problemas estaban ya resueltos. Aquel hombre no quiso aceptar de ninguna manera el dinero que le ofrecimos, rápidamente se despidió y se marchó. Ya con nuestro auto arreglado decidimos con Bryan, mi hermano, emprender el regreso a nuestro hogar. Por kilómetros estuvimos apreciando el paisaje uruguayo y a la vez Bryan con su vieja cámara tomaba fotografías de toda la flora y fauna del recorrido...

Horas después llegamos a nuestro hogar, nuestra madre apareció para recibirnos y decidimos contarle todo lo sucedido y vivido. Pero ella sorprendida soltó una leve risa y nos comentó que ya hacía años que esa aldea estaba en ruinas y que solo habitaban aquellos espíritus de los antiguos aldeanos... Sin más que agregar siguió haciendo sus cosas. Con Bryan nos miramos y quedamos absolutamente congelados. Nos prometimos no volver jamás a andar por ese lugar.



Ilustración: Bryan Veiga.

Anthony Viana

Me di cuenta

Un día me di cuenta de que soy un estúpido. Simplemente me desperté con la certeza más absoluta al respecto. Lo difícil es enfrentar el momento en que se revela la condición de tal. Porque si bien lo sospeché durante unos cuantos años, me empeñaba en buscar indicios que me demostraran lo contrario.

Me hacía trampas en el solitario, literalmente lo digo, cada vez que jugaba al solitario me hacía trampa y ni así ganaba. Por ese motivo, nunca lo jugué en la computadora.

En esa misma mañana busqué alguna evidencia que contradiga la máxima a la que había llegado y así me dije «Un momento, un estúpido es capaz de darse cuenta de su condición».

No me extrañaría que allá por diciembre, cuando pida una pizza por teléfono al bar, venga el sordo Wilmar en la motito a traérmela (lo que sí me llamaría la atención sería que me atendiera dicho personaje para tomarme el pedido).

Me apagué, empecé a meditar sobre mi futuro. Necesito ir a un lugar donde no me discriminen.

Escondido, sin poder salir de mi casa, espío por una persiana semiabierta a un delivery de una heladería que espera en su motito, a cinco metros de la puerta, con serias intenciones de atropellarme. Lo sé, quiere pasarme por arriba con su motito. Fue ahí que me angustié y pensé en llamar a la heladería para que me trajeran siete kilos de algo que me anesthesiara los sentidos, pero al toque me arrepentí, el calvario no era tan terrible como para atorarse con cantidades industriales de helado. Llamé a la heladería para saber si había un helado de ese sabor especial que solo uno se lo imagina, pero no hubo suerte. Quise cancelar el envío con una excusa estúpida pero fue inútil, nada tuvo que ver la baja credibilidad de mi historia (que por otra parte hizo que pareciera basada en hechos reales), el problema fue que el delivery ya venía en camino hacia mi casa y no había forma de impedirlo.

Llevo 72 horas en ese calvario y el psicópata no se mueve. Lo peor de todo es que tienen helado suficiente para alimentarse un par de días más. Sigue ahí, lo estoy viendo, pero no me quejo, es lo que me tocó. Como a cualquiera, me gustaría estar en un clima caribeño, de sol, arena, música alegre y mucho tequila y ron. En Jamaica, por ejemplo. Pero estoy acá encerrado, mirando por una rejilla de la persiana, mientras oscurece.

Es mucho mejor quedarse en Uruguay y seguir manteniendo la esperanza de que el mundo es algo ajeno e inalcanzable, ahórrense decepciones, se lo digo yo que estoy acá, a mi no me la contó nadie.

Yo estoy acá esperando que un pedazo de cohete me parta la *capocha* o que me aterrice un avión mientras voy andando en bicicleta y que los demás festejen con alegría.

Ahora me doy cuenta de cuál es el sentido de algo que jamás se ve, pero qué harías si al cerrar los ojos lo vemos, la fantasía que todos de niños queremos vivir, donde el mundo dé un giro completo, donde lo grande se vea pequeño y lo pequeño en grande, ustedes lo verán como un mito o como una vivencia. Me di cuenta que, para uds., podría ser una leyenda viviente, la vida cotidiana, la de cada día y cada noche.

Pero al abrir los ojos me sentí en el mismo lugar que había imaginado.



Ilustración: Luis Montes Zapater

Miguel Antonio Bauzil

El Último Agoutí Paca

Había una vez un pequeño refugio en lo profundo del bosque, donde los árboles se entrelazaban como viejos amigos y el viento susurraba secretos ancestrales. En ese rincón olvidado por el mundo vivía Abdón, un anciano solitario que había perdido la esperanza.

Abdón había visto pasar muchas estaciones y su corazón estaba cansado. No tenía familia, ni amigos ni razones para seguir adelante. Pero un día, mientras caminaba por el sendero polvoriento, encontró algo que cambiaría su destino: un Agoutí paca.

El Agoutí paca era un tesoro en peligro de extinción. Su pelaje moteado brillaba bajo los rayos del sol, y sus ojos oscuros parecían contener siglos de sabiduría. Abdón lo recogió con ternura y lo llevó al refugio. Allí, entre las paredes de madera y los rayos de luz filtrándose por las rendijas, comenzó una nueva historia.

Abdón le dio al Agoutí paca un nombre: Paco. Le brindó amor, cariño y comida. Juntos compartieron silencios y risas y Abdón

sintió que su corazón volvía a latir. Paco se convirtió en su compañero fiel, su confidente en las noches solitarias.

Cada día Abdón y Paco se sentaban junto al fuego. Abdón le contaba historias de tiempos pasados, de amores perdidos y sueños rotos. Paco escuchaba atentamente, como si entendiera cada palabra. A veces, parecía que el Agoutí paca también tenía sus propias historias que contar, sus propios secretos guardados en su mirada profunda.

Los días se volvieron semanas y las semanas se convirtieron en meses. Abdón ya no esperaba la muerte con ansias. Tenía a Paco a su lado y eso era suficiente. Juntos exploraban el bosque, descubrían rincones escondidos y compartían momentos de paz.

Una tarde, mientras el sol se ocultaba tras las colinas, Abdón y Paco se sentaron en el umbral del refugio. El Agoutí paca apoyó su cabeza en las piernas de Abdón, y ambos miraron el horizonte.

—¿Crees que hay algo después de esta vida? —preguntó Abdón en voz baja.

Paco lo miró con ojos sabios y parpadeó lentamente. Parecía decir: *Quizás*.

Abdón sonrió, —Tal vez nos encontremos en otro lugar, Paco. Tal vez sigamos conversando bajo un cielo diferente”.

Y así, en ese rincón olvidado por el mundo, Abdón y Paco compartieron su tiempo. El último Agoutí paca y el anciano solitario encontraron consuelo en su compañía mutua. Y cuando

llegó el último aliento de Abdón, Paco estaba allí, como siempre, para acompañarlo en su último viaje.

Dicen que, desde entonces, en las noches más oscura se escuchan risas y susurros en el refugio abandonado. Algunos creen que es el viento, otros dicen que son los ángeles. Pero Abdón y Paco saben la verdad: es su conversación eterna, su amistad que trasciende el tiempo y el espacio.

Así, el Agoutí paca se convirtió en leyenda y Abdón encontró la paz que tanto anhelaba. Juntos siguen conversando bajo un cielo diferente, donde las estrellas brillan como los ojos de Paco.

Moisés Sebastián Núñez Colo
Facundo Ezequiel Castro Colo

Un buen compañero

Érase una vez, en el departamento de Colonia, fuera de la ciudad, en una humilde granja vivía un granjero. Allí tenía sus animales pero siempre a su lado tenía a sus mejores compañeros, los perros más leales; se llamaban Felipe y Diana.

Una mañana de un frío invierno se levantó y se dio cuenta que se encontraba solo con Felipe, Diana no aparecía por ninguna parte. El granjero desesperado empezó a buscarla por toda la granja, horas más tarde, sin poder encontrarla, volvió a su casa resignado y triste. Felipe estaba frente a la estufa, al verlo se levantó y se dirigió a la puerta, comenzó a arañarla desesperado. Abrió la puerta y observó, era muy tarde y el sol se estaba ocultando. De repente, Felipe salió corriendo y el granjero se sentó y esperó preocupado a que vuelva. Con el pasar de los minutos, y al ver que no volvía, tomó una linterna y un abrigo y salió en busca de sus compañeros. Vió el camino que Felipe había marcado y lo siguió. Se encontró al costado del arroyo y divisó a Felipe escarbando desesperado sobre una estrecha cueva. Allí estaba Diana, que en la intensa noche había dado a luz a 5 hermosos cachorros. El arroyo comenzó a crecer llegando casi a la altura de la cueva y el granjero sin dudarlo actuó arrojando

varias piedras grandes que se encontraban al lado de la cueva. Así formó un círculo alrededor para ganar tiempo y rescatar a Diana y sus cachorritos. De pronto se escuchó un tremendo temblor, comenzó a derrumbarse la entrada de la cueva y el granjero pudo sacar a Diana y luego volvió para rescatar a los cachorritos. Pero solo pudo sacar a 3, ya que el agua se había filtrado muy rápido.

El granjero emprendió el camino a la granja con Diana y sus 3 cachorros, con Felipe a su lado, en aquella noche tan fría. Se encontraban mojados y duros por ese intenso frío, apresuraron el paso y al llegar no titubeó en encender el fuego. Junto a él, para darles calor puso a Diana y a sus 3 cachorros luego de envolverlos rápidamente en una frazada. El granjero, temblando de frío, sonrió. Por fin se encontraban Felipe, Diana y sus 3 cachorros a resguardo. Pudo abrazar a sus mejores y más leales compañeros de vida.

Alejandro Ramírez

Issac

El día 11 de Abril, a las 14:30 horas, Dante Britos se presenta a juicio por homicidio y se le condena a 8 años de prisión efectiva. Con tan solo 26 años de edad, de familia humilde y trabajadora, intenta ordenar en su cabeza una y otra vez lo sucedido, pero solo son imágenes sueltas, como la sonrisa de sus hijos tomando un helado, un día de sol, sus manos en el volante y la luz habilitando el cruce. El resto no son imágenes, es otra cosa, es olor, dolor y gritos.

Aturdido y tembloroso, abraza a su esposa y se despide de Joel.

Issac, el más pequeño, lo saluda desde lejos mientras observa con detalle sus últimos pasos antes de atravesar la pesada puerta.

Entre caras desconocidas y miradas de desconfianza, Dante ordena sobre una tarima algunas ropas y la foto de sus hijos. Una de las caras desconocidas se acerca extendiendo la mano, —Soy Eduardo, me dicen Chorreano, ¿cuál es tu causa? ¿por qué venís? Dante se da media vuelta, limpia un rincón de la celda y se sienta con la mirada perdida sin dar respuesta.

Los ruidos del lugar se mezclan con las imágenes sueltas en su cabeza y las noches se vuelven pesadillas. Está parado en medio de la calle con las manos llenas de sangre, a sus pies hay un hombre sin vida, dentro del auto Joel grita pero no se escucha, unos metros más adelante un cuerpo pequeño tendido en el suelo.

Los gritos y el llanto inundan la celda pero nadie lo juzga, todos saben que con el tiempo, el frío y el encierro, se convierten en algo cotidiano y después de un invierno lo que ayer era ruido, hoy es costumbre.

Los compañeros de celda ya no hacen preguntas, Dante es más bien callado, y nadie lo entiende mucho. Con el primer claro de cada mañana se para en medio del silencio a mirar fijamente la pintura de Mandela al final del pasillo.

No se lo ha dicho a nadie, pero está seguro de que la pintura hace algún tipo de ruido, lo escuchó desde la primera noche y no le dio mucha importancia, hasta que el ruido se convirtió en un susurro, y el susurro en algo parecido al miedo.

Pero todas esas sensaciones se desvanecen cuando Dante reconoce en ese ruido, en ese susurro, el sonido de una voz tan familiar como dulce. Lo sabe, es imposible no reconocer ese sonido.

Con los ojos llenos de lágrimas y el abrazo de la ternura en el alma, salta de su tarima y corre hacia el pasillo, un viento helado atraviesa las paredes absorbiendo todo. Lo que en un momento fue el rostro de Mandela, era ahora una pasta de pintura, polvo y objetos que se hunden en la pared girando junto con su cuerpo.

En pocos segundos todo se transforma en silencio y oscuridad, una mano pequeña se apoya en su pecho y lo atraviesa poco a poco hasta llegar al corazón, la oscuridad y el frío desaparecen al abrir los ojos. Entre cables y tubos que salen de su cuerpo, puede ver a Issac parado a su lado, que con una mezcla de ternura y timidez le dice bajito *vas a estar bien*.



Ynterrompido

Ilustración a cargo del grupo de la biblioteca
de la Unidad Penitenciaria N.º 17, Campanero, Lavalleja.

Bruno Inmamorato

The Lost

Toc, toc. Suena una puerta al final de un largo pasillo. Se escuchan unos pasos detrás de ella. Abre un hombre alto, gordito, con un vaso en su mano.

—Hola, me llamo Edward Shein, del periódico queríamos hacerle una entrevista respecto al homicidio que sucedió aquí hace algunos días.

—Ummm ... está bien, está bien, pero que sea breve.

—Eso intentaré, señor.

Tomaron asiento en un frío living. De fondo sonaba una radio con las noticias, con descripciones del asesino que noches atrás había matado a un joven en el hotel Yellow Jack. El mismo lugar donde se encontraban en ese momento para hacer la entrevista.

—Dígame, señor ...

—Disculpe aún no me presento, soy Tom Telford.

—Un placer señor Telford.

—Dígame, ¿conocía usted al joven asesinado?

—Sí, naturalmente, lo conocía como a todos mis vecinos. Era alguien solitario, pero nunca pensé que alguien lo mataría.

—Esas cosas pasan y más aún en esta ciudad.

—Es verdad, señor Edward, pero uno no lo espera y menos de un vecino.

—¿Puede usted contarme algo sobre ese día?

—Claro, fue un día tranquilo, tuvimos una reunión de vecinos.

—¿Estaba el joven en la reunión?

—Sí, claro, John no se perdía nunca una reunión.

Tomando mis apuntes observo en la pared un cuadro en el cual se encontraba el señor Telford con un grupo de motoqueros, con una manta que decía The Lost, con un águila como insignia.

—¿Es aficionado a las motos, Sr. Telford? Hace unos años ese grupo fue señalado por un par de homicidios, muchos de sus miembros fueron arrestados, algunos dejaron el grupo y otros el país luego de que los encontraron culpables.

—Un poco, ¿pero qué tiene que ver eso con John?

—Disculpe, simple curiosidad, —dijo, señalando una foto.

—Esos son viejos recuerdos, otros tiempos.

Tom bajó la mirada y apretó levemente su vaso.

—Dígame, Sr. Edward, ¿en qué periódico dijo que trabajada?

—Blue News de Chicago

—Oh, interesante, soy de Chicago.

—Lo sabía, solo quería confirmarlo. No quería que me sucediera lo mismo que hace unas noches, no quería fallar de nuevo.

Nidia Da Rosa

Noche de soledad

En este laberinto de rejas y corredores, los barrotes de hierros son como espinas que azotan mi mente insana. Todo parece sombrío y sin sentido, nada de lo que digo o hago tiene sensatez. Los grandes espejos opacos reflejan mi figura, la hacen borrosa, deforme ...

Me siento triste, sin esperanza. Mi alma desnuda de sentimientos tiembla al adentrarse la penumbra del alocado reflejo que proporciona una que otra estrella a lo lejos, mis pies temblorosos marcan un desamparado caminar. Todo aquí es como un atropello a mi escasa presencia en los corredores, hundida como en un río de aguas turbias como el azabache, ¡solo quiero dormir! A lo lejos veo mi cama, reacciono y pienso: allí es donde mueren todos mis sueños. Es poca la paciencia que me acompaña, la muchedumbre del lugar huele a desesperación, tristeza, dolor e incertidumbre. Ya comienza un nuevo día, el señor omnipotente del poniente comienza a levantarse, el fulgor de sus primeros rayos comienza a encenderse en el horizonte. Miro alrededor y me doy cuenta que una noche más de insomnio se ha ido. Poco a poco todo va volviendo a la realidad, y como un baño de escarcha sobre mis ojos vuelvo a la rutina cotidiana.

Luis Alberto Sellanes Orihuela

La sombra del silencio

Era pasada la medianoche, no podía dormir ...

Mirando hacia un punto fijo, sin poder ver nada, siento que alguien se acerca.

Trato de escuchar algún sonido, pero solo escucho respiraciones y ronquidos de sueños profundos.

Al mirar hacia el costado derecho, veo a corta distancia una sombra que emerge en el pasillo, iluminaba con una luz muy fuerte en dirección hacia el baño.

Mi corazón se aceleraba al igual que un motor.

Siento que la cortina del baño se abre de par en par, de golpe me siento en la cama y quedo perplejo. Un escalofrío me eriza la piel.

Después de unos segundos suena la cisterna y me pregunto *¿Quien anda ahí?*, nadie responde.

Me levanto sigilosamente, estoy descalzo y me acerco al baño, no hay señales de que alguien hubiese estado ahí, muevo la cortina y no hay nadie detrás.

¿Será alguien tratando de comunicarse, algún espíritu desolado?

Basado en hechos reales detrás de una reja.

SELECCIONADOS



Ilustración: Rodrigo Viches.

Facundo Escoto

La laguna de la vida

Todo empezó un día de mucho calor. Hacía taaaanto calor que la Muerte tenía que darse un baño o, por lo menos, mojarse un poco. Había un problema, que ella no se llevaba mucho con la Vida y el único lugar más cercano para refrescarse era la laguna donde se bañaba la Vida.

Ya en la laguna, mientras la Vida estaba distraída debajo de un frondoso árbol de verano hablando con el Amor y un conejito que estaba también por ahí, la Muerte, muerta de calor, no lo pensó dos veces y se arrojó de cabeza al agua de la laguna.

Pero había otro problema, que nadie realmente quería a la Muerte. Entonces ni bien cayó en el agua, los peces saltaban de lado a lado, protestando y gritándole a la Muerte ¡fuera de aquí!, ¡fuuuueeraaa!!

Así, llamando la atención de la Vida, fue que la Muerte se había entrometido sin permiso. Se dio cuenta que nadie la quería. Todos deseaban que la Vida la sacara del agua y que la mandara bien lejos. Todos ciegos, la querían fuera ni la querían ver.

Lo que no se esperaban los otros era que la Vida no se preocupara porque la Muerte estuviese dándose un baño en sus aguas. La Vida estaba tan segura que el agua de la laguna era tan pura que la presencia de la Muerte allí no hacía la diferencia. La Vida los juntó a todos, a los peces, el Amor, el conejito, y les explicó que sin ella nadie existiría, pero que no era dueña de esa laguna para no permitirle a la Muerte que se diera un baño. Ante esto, todos se quedaron asombrados pero a la vez más tranquilos y conversaron despreocupados otro buen rato. Todos los que estaban enojados con la Muerte por su acción, después de comprender las palabras de la Vida y de reunirse entre ellos un breve instante, llegaron a un acuerdo para comunicar sus posturas y le dijeron a la Vida.

Habló el conejito:

—Bueno, entonces si vos decís que se puede bañar tranquila porque necesitaba un baño por el calor, aceptamos eso. Ahora que ya sabemos que sin vos nadie estaría hoy acá, le vamos a hacer un lugar. Pero necesitamos pedirle algunas cosas y hacer un acuerdo con ella.

Uno de los peces se adelantó al conejito y proclamó a viva voz.

—¡Que no sea injusta, que no se lleve a nadie que tenga las ganas de vivir!

La Muerte, mientras nadaba tranquila, sigilosamente trataba de escuchar ya que sabía que estaban hablando de ella.

El Amor dijo entonces:

—¡Que deje vivir a todas las personas que aman y forman a sus familias, y que tenga un poco más de piedad y empatía!

Después que todos hablaron, la Vida llamó a la Muerte y le transmitió lo que los otros pensaban, el acuerdo que le proponían era que tenía que dejar que a cada uno le llegara su día cuando tuviera que ser.

—Ta, eso, ¿te quedó claro lo que te pedimos de corazón en esta laguna?, ¿todo lo que sentimos y te manifestamos y el acuerdo que queremos hacer contigo? —le expresó la Vida.

La Muerte, conmovida, manifestó que ella jamás se sintió tan apreciada por tantas personas. Aceptó con alegría el acuerdo y dijo con tono más solemne:

—Sí, eso es lo mínimo que podría hacer. Pero que quede claro que yo a veces tengo que aparecer, y no es de mala, pero es mi función en este mundo. Por más que duela no puedo dejar de aparecer y sé que cuando me presento puedo causar mucho dolor y que consideren que soy injusta.

De esta manera la Vida aceptó a la Muerte como parte de ella y le dio un lugar para que ella y los vivos puedan estar juntos y convivir en paz.

MORALEJA:

JAMÁS DESPRECIAS A NADIE NI TE CREAS MÁS. PORQUE QUIEN MENOS TÚ PIENSAS TE PUEDE AYUDAR O ABANDONAR. VALORA LO QUE TIENES Y LO QUE LA VIDA TE DA. SÉ FELIZ.

Florencia Rodríguez

Presos, vida a la cual nos enfrentamos

A pesar de todos los momentos vividos a lo largo de la vida, llegamos a un punto en donde todo se nos vuelve eterno, oscuro y profundamente inalcanzable. Pensamos que ya nada tiene solución. Nos cuesta cada día más levantarnos de la cama, mirar hacia un costado y ver siempre las mismas caras con diferentes expresiones. Sentimos que las mañanas ya no son las mismas a las que estábamos acostumbrados y hasta cambiamos nuestras costumbres y ya no hacemos lo que hoy por hoy pensamos.

El estar privados de nuestra libertad nos da la posibilidad de pensar y arreglar parte de nuestra vida y darnos cuenta de que mucho de lo que vivimos e hicimos en la calle lo hacíamos mal. Al estar acá también empezamos a pensar y a sentir que estamos solos y se nos empieza a notar la soledad más intensamente de lo que hubiéramos creído.

Acá algunos podemos aferrarnos a cambiar nuestro pensar. Es necesario. Es un giro de 180° que damos en los primeros días en nuestra nueva casa. Esos días son pura tensión. Nos tenemos que acostumbrar a que aquí hay muchas cosas nuevas, muchas diferentes y hasta algunas que ni siquiera sabíamos.

Tenemos que acostumbrarnos a que hay gente que está aquí por cosas muy graves, otras que no aceptan o no se llevan con el pensamiento en la nueva casa. Pero allí tenemos que convivir, acoplarnos a la gente que yo misma rechazaría afuera y no les daría ni una respuesta ni tendría un dialogo con ellos si no fuese porque estoy aquí. Pero acá, en la casa nueva, si no hay comunicación no puede haber convivencia y si no la hay no podrá estar aquí. Es difícil entender que ya todo es diferente, que te tienes que adaptar a este lugar donde cada pieza es compartida. Se me ocurre pensar: ¡PERO QUÉ MAL! ¡YA NO ESTOY EN MI CUARTO! Acá no hay lugar para mi mascota y para mis hijos menos aún. Ahí pongo mi mente a pensar. Intento adaptarme al que no es mi lugar.

Sigue pasando en la casa nueva y me sigo adaptando, a los ruidos, las conversaciones, los gritos, las peleas y los golpes como consecuencia de no poder hablar.

Me toca mudarme a una habitación más chica donde fulmina el silencio y donde más aún se siente la soledad. El calabozo es un lugar oscuro y húmedo. Necesito una nueva adaptación. Allí tienes tu tiempo de pensar que es lo mejor para ti y hasta qué punto llegarías y, sobre todo, si entrarías en el juego de esta nueva casa.

Me despierto un día y vienen los dueños de esa casa y me dicen ¡juntá tus cosas que te vas! Me levanto de la cama y junto mis cosas sin reclamar nada. Les pregunto a dónde me llevan, pero me miran fijamente y me sacan rápidamente de allí. Salgo por un pasillo muy largo que parecía interminable y se abren dos grandes puertas y afuera me espera una camioneta blanca con rejas y les vuelvo a preguntar: ¿a dónde me llevan? Me contestan que me

voy a la unidad 13 y vuelvo a preguntar: ¿dónde es ese lugar? Me responden con otra pregunta, si conozco Maldonado. Contesto muy asustada porque no sabía adonde me llevarían. Pasan las horas y llegamos por fin a destino. Al entrar lo primero que veo es a unas muchachas (presas como yo) limpiando los pasillo, las que sin conocerme se pusieron a las órdenes por cualquier cosa que precisara. Ahí, repentinamente, cambié mi forma de pensar. Al menos este nuevo comienzo me había gustado.

Después de allí me llevaron adonde viviría por un tiempo hasta poder volver a casa.

Llegué a la habitación, comencé a ver y conocer a gente nueva. En un principio dudamos en hablar. Demoramos en transmitir confianza. Primero me miraron con cara rara y me preguntaron mi nombre. Me llamo Florencia, contesto. Ese fue el inicio de mi adaptación a la nueva casa. Con el pasar del tiempo me dí cuenta que no todas las personas son iguales y que el grupito con quienes me tocó vivir mi estadía, hasta que pueda volver a casa, son tan humanas como yo.

Aun aquí la vida me está dando nuevas oportunidades. Me hice de una nueva familia temporal en la cual se puede confiar y hablar siempre que necesite desahogarme, lo cual agradezco diariamente. En fin, aquí estoy aún en la nueva casa y más feliz que nunca.



Ilustración: Osvaldo Barbier.

Gustavo Bardier

Ella

Algo increíble me pasó en aquella tarde de verano. Estaba bebiendo un espresso en un antiguo bar de la Ciudad Vieja, disfrutando con regocijo el sabor intenso del café, cuando de repente ella apareció de la nada. De inmediato cautivó mi absorta atención. Perplejo quedé cuando, mirándome a los ojos, se acercó a mí y con una bellísima sonrisa me preguntó si podía sentarse a la mesa conmigo. —¡Claro! —exclamé incrédulo. Ella era una mujer hermosísima. Tenía un magnetismo irresistible y magno. Deslumbraba a todos con la luz de su aura dorada. Se sentó frente a mí y tras eternos 10 segundos de silencio y expectación, ella comienza a hablar con voz dulce:

—Lo que te voy a decir tal vez ahora no te lo creas mucho, pero el tiempo hablará por mí. Escucha bien, por favor. Tú eres una persona fantástica aunque no te des cuenta. No dudes que sos extremadamente importante para la vida. Relevante para el mundo que te rodea. Te espera una vida maravillosa por delante haciendo las cosas bien. Ten fe en ti mismo y no bajes los brazos.

Yo estaba atento y atónito. Pensaba porqué me decía eso. Acaso me conoce. ¿Por qué se acercó a mí y no a otro? Pero ella, ajena a mis pensamientos mundanos, continuó con voz angelical:

—Te voy a dar tres consejos que te ayudarán en tu camino. Recuérdalos siempre. El primero es que si quieres ser feliz, verdaderamente feliz, haz algo que ayude a las próximas generaciones. Es de la bondad y del bien que lo lograrás. Nunca de la maldad o de la violencia. Los pequeños, medianos y grandes actos de bien que tú hagas serán tu legado a la humanidad y al futuro, y tu única y real riqueza personal. El segundo consejo versa sobre la naturaleza como espejo interior. Imagina una bandada de loros llegando a una higuera cargada de frutos maduros. Cada loro se posa en una rama diferente y consume pacíficamente los deliciosos higos que encuentra disponibles a su alrededor, mientras unos amigos altruistas se privan de comer para comportarse como vigías en lo alto de la dadivosa higuera. No se pelean, no se lastiman, ni compiten entre ellos. Todo lo contrario. Conviven pacífica, cooperativa y libremente. Así se comportan todos los animales. Son el espejo de nuestra naturaleza biológica. Escucha tu corazón y sigue tu instinto. Despierta de la fantasía y encuéntrate. Por el camino de la paz, la solidaridad y la libertad cosecharás los bienes inmateriales que realmente te harán feliz. Esto implica quererte, querer a las personas que te son próximas y luego extender ese Amor a todas las personas del Planeta, a toda la naturaleza y a todo lo que existe. Si convences a otra persona a seguir el mismo camino y ella a otra y a otra y a otra terminaremos mejorando el mundo entre todos. Así haremos, al fin, del sueño utópico una realidad. Y el tercer y último consejo refiere a como tendrás que enfrentar el futuro, un futuro incierto y peligroso, con tendencia al aumento de la frecuencia de los conflictos violentos y de las catástrofes ambientales. Sufriremos cada vez más las negativas consecuencias de esta sociedad inmoral e insustentable que camina a paso veloz hacia su autodestrucción. Solo nos salvará

la solidaridad globalizada. Debes prepararte para enfrentar tales dramas, no dejarte abatir por su nefasta influencia y focalizar todos tus esfuerzos por dejarle a la generación siguiente un mundo mejor que el que recibiste. Dependemos los unos de los otros y nuestra supervivencia en la Tierra depende de todos. Favorece a la vida con tu vida, no seas cómplice de su degradación.

¡Imagínense qué momento! Yo estaba casi yerto, extasiado, como hipnotizado. —¿Por qué me estás aconsejando? —atiné a interpellarla. Su respuesta fue simple:

—Porque tú eres importante para el mundo y te mereces un futuro mucho mejor.

Sin más, se paró, se acercó y me dio un piquito en los labios, para luego despedirse y alejarse. Cuando me dijo chau, mi corazón se estremeció. Con la voz cavilosa le pregunté —¿Quién eres?

—Soy alguien que puede ver la luz en el corazón de las personas.

Me dejó atolondrado, abstraído, vacilante. ¡Parecía un abombado! Todo había pasado muy rápido. Cuando se perdió tras la puerta, reaccioné y corrí hacia fuera del bar, pero ya no estaba. Ella literalmente desapareció en el aire.

Pasaron varios meses y yo sigo mirando para todos lados en cada lugar al que voy con la esperanza de volver a verla y agradecerle, pues a partir de aquel día mi vida es otra.



Ilustración: Christian Olivero

Fabrizio Gastán Castaño Álvarez

La chica del sótano

Año 1998, la familia Tomson vende su apartamento en la ciudad de Los Ángeles y compra una casa en las afueras de esa ciudad, más espaciosa y más cómoda para esperar la llegada de su cuarto hijo. Richard y Mayonet querían tener el último hijo y vivir tranquilos, pero no sabían que la casa que compraron tenía un enorme pasado. Allí una chica había sido torturada en el sótano y luego degollada. Esa chica se llamaba Carril Chite, sus padres la maltrataban y la tenían atada a una cadena de perro y apenas le daban agua y comida, con tan solo 16 años Carril no sabía por que sus padres le hacían todas esas cosas. La mamá de Carril era una bruja y el padre un militar jubilado que estuvo en la guerra de Vietnam y estaba medio loco, también le pegaba cuando estaba ebrio y le quemaba las manos con los cigarros. En la tarde de 1996 el padre de Carril se levantó enojado, tomó varios whiskys, como todas las mañanas, bajó a darle agua. Ella intentó escapar ante la presencia amenazante de su padre, pero él la sujetó y la abofeteó en la cara. Luego fue a buscar el cinturón con el que habitualmente le pegaba. Mientras tanto su madre, harta de la chica, le sugiere al padre que deben matar a Carril. El padre, sin vacilar, miró a la mujer y dejó el cinturón, fue por la

cuchilla. Bajaron al sótano y la degollaron. Pasó el tiempo y los padres murieron. Un feo olor que denunciaron los vecinos atrajo a la policía junto con una ambulancia y allí encontraron en el sótano el cuerpo de Carrill, golpeada y degollada, y los cuerpos de sus padres. La ciudad quedó brutalmente impactada por el terrible hecho de la familia Chite. Finalmente, la vivienda quedó abandonada y nunca más nadie entró ni quiso saber de esa familia ni de esa casa. Al pasar 2 años de lo ocurrido los Tomson se interesaron por esa casa, dado que se agrandaba su familia y el apartamento les quedaba chico. Rápidamente se instalaron y empezaron a arreglar la vivienda desde cero y felices. Paso el tiempo, era todo normal hasta que empezaron a escuchar ruidos extraños y ruido de sillas arrastrándose y voces que venían del sótano. Llamaron a la policía pero no pudieron hacer nada, los oficiales no encontraron absolutamente nada extraño. Mayonet ya se sentía extraña con los ruidos que escuchaba casi todos los días cuando cuidaba de sus hijos y su marido estaba trabajando, pero no le decía nada cuando llegaba de trabajar. Preocupada por su familia, y más por sus hijos, un día decidió bajar al sótano a investigar qué era ese ruido y de dónde provenían las voces en el sótano. Al bajar, nerviosa, prendió la luz, aterrada vio una puerta entreabierta y misteriosamente se veía una cadena tirada. Enseguida se apagó la luz y de repente explotó la lámpara. Rápidamente salió corriendo del sótano. Cuando llegó Richard de trabajar ella le contó que había algo maligno en el sótano, algo muy perturbador. Él le dijo que no había nada, que eran sueños de ella.

Un fin de semana normal estaban haciendo parrillada y Richard bajó al sótano a buscar leña y entonces se dio cuenta mientras

bajaba por las escaleras que había una lámpara rota. Al ir a cambiar la lámpara miró hacia una puerta y vio lo mismo que su esposa, al igual que lo que ella le había contado. La misma puerta entreabierta. Él mismo escuchó esa voz de Carril, *Sálvame*. Al abrir la puerta vio un demonio maligno, era Carril que se quería adueñar del espíritu bueno de Richard. Rápidamente ella lo logró, se apoderó de Richard y solo deseaba acabar de la misma manera con toda la familia que invadió su casa. Quería destruir como sus padres los hicieron con ella. Continuará.

Ana María Igorra García

Mujeres

El lugar estaba lleno de gente almorzando o desayunando tarde, las mesas estaban dispuestas para aprovechar al máximo el salón, unas muy junto a otras, casi que la conversación sostenida en una mesa se confundía con la que estaba junto a ella. Pero las dos mujeres del rincón no querían que nada las interrumpiera, estaban enfrascadas en su charla. Se tomaban de la mano, con lo que parecía ser un mimo fraternal. Una rubia, con piel tan clara como una gota de agua, transparente, y la otra, morena, de piel mate, de esas pieles que uno quiere lucir en verano, bellas e imperfectas. Pero más bellas por su imperfección y, sobre todo, por la expresión de sus rostros. Tan preocupadas e interesadas una en la otra. Nada ni nadie se atrevería a interrumpir su momento. Había lágrimas en los ojos de una y luego en los ojos de la otra, había risas, había silencios.

No vieron venir el suceso, no escucharon el estruendo, el resplandor enceguecedor entró por los ventanales tan rápido que no daba tiempo de razonar de qué se trataba. Pronto fueron cayendo uno a uno, sin aliento, sin poder esbozar un sonido, deshollados, las pieles colgando de sus rostros, algunos se retorcían con muecas de insoportable dolor y otros

simplemente quedaron sentados como estaban, petrificados y desfigurados.

Ellas seguían su charla y solo se soltaban de las manos cuando bebían su cerveza.

Cuando todo pareció silenciarse, de golpe, notaron lo que estaba sucediendo.

—¡Lara!, —gritó desesperada la rubia, al ver a medio metro de ella a alguien desfalleciendo, en el piso, enroscado, como si una prensa lo hubiera torneado.

—¿Qué es esto? —dijo Misha con un grito desgarrador.

—¡No sé! ¿Qué está pasando? —gritaba Lara.

Corrieron tomadas de la mano hacia la puerta de salida, aterradas, tropezando con cuerpos a su paso.

El resplandor cedió, la luz del sol entraba por las ventanas nuevamente. Ellas gritaban y lloraban al mismo tiempo.

—¿Qué hacemos? No sé, Lara, no sé llamé al 911 !!! —pero los teléfonos no funcionaban y no había nadie allí que pudiera ayudar. Ese era un lugar de muerte, había olor a muerte, a desolación, a extrema soledad.

Salieron, simplemente abrieron la puerta y salieron y se soltaron las manos.

Afuera era todo normal. Fueron hacia el estacionamiento y cada una fue hacia su auto, sin siquiera mirarse cuando se despidieron.

Lara llegó a su casa y su madre estaba tiñéndose el cabello y los sobrinos de Lara correteaban por la sala. —Mami —apenas susurró—, estoy cansada, me voy a acostar.

—Bien, mi vida, ¡pero antes comé algo! —No, no, gracias, ma.

Misha subió pesadamente las escaleras y entró en su apartamento, su gato la esperaba con hambre, le dio sus pastillas, se recostó en el sillón y prendió la televisión.

Todo estaba normal, todo seguía como lo habían dejado antes. Y nunca más hablaron del tema.

Nunca más se hablaron.

Dylan Araujo

Wildemar y Marlene, Juan y Susana

¿Qué son los nombres? ¿Etiquetas o algo más importante? En mi familia varios tenemos dos nombres, uno es el de la cédula y otro el de la familia. Mi abuelo Juan en realidad se llamaba Wildemar, mi abuela Susana en realidad era Marlene, y a mi en casa me dicen Nicolás, pero ese nombre no aparece en mi cédula, debía ser mi segundo nombre, pero ahora es el único, el de *entrecasa*.

Esto comenzó hace cincuenta años cuando Wildemar conoce a Marlene, (o Juan conoce a Susana). Él, muy joven, decide ayudar a una mamá en situación de calle, que tenía a cargo a dos de sus hijos. Wildemar trabajaba en una obra en construcción en ese entonces, se desempeñaba como *peludo* y sereno a la vez. Era oriundo de Tacuarembó, vivió toda su infancia y adolescencia en Ansina, su pueblo natal. Fue el más chico de sus muchos hermanos. Una crianza humilde, donde aprendió un montón de cosas y vivió aparentemente feliz, aunque con muchas carencias e injusticias. Pero él amaba el lugar de donde partió a los dieciocho años.

Cuando llegó a Montevideo nunca hubiese imaginado lo terrible que iba a ocurrir. Ni bien llegó, recorría la Plaza Independencia

y lo confundieron con un ladrón y lo encerraron en prisión. Eran épocas de dictadura. Estuvo varios días detenido, bajo tortura, hasta que el verdadero delincuente fue reconocido por la víctima: una anciana a la que le habían robado sus pertenencias.

Al poco tiempo conoce a Marlene (Susana), con unos treinta y pocos años. Ella se había criado en un internado de monjas en el que estuvo casi toda su infancia y adolescencia. Siempre sufrió por no estar junto a su mamá, pero en ese entonces el padre era quien ordenaba y exigía que ella y su hermana no vivieran con ellos.

Sin embargo, su hermano sí vivía con ellos. Eran de una familia adinerada y poderosa. Ellas nunca entendieron por qué no las querían en su casa. Y fue así como se criaron en un convento. Su mamá las visitaba algunos fines de semana, pero no era suficiente para llenar esa ausencia.

La infancia de Wildemar (o Juan) y de Marlene (Susana) no fue fácil y mucho menos lo sería su adultez.

Susana tuvo que vivir alejada de muchos de sus hijos, muchos fueron criados por familias sustitutas u hogares de amparo. Varios de ellos se conocieron de grandes, aunque vivían relativamente cerca unos de otros. Tuvo dos hijas y seis varones.

Al único niño que vio crecer hasta hacerse hombre fue a su nieto Nicolás, el único que vivió con ella todo el tiempo. Él no conoció nunca a su papá, pero junto a su madre, su abuela y su abuelo Juan fue feliz.

¿Quién era mi abuelo? ¿Wildemar, el peón de campo que no conoció a su padre? ¿O fue Juan el que le dio hogar y protección a una madre y sus hijos? ¿El albañil al que le gustaba pescar? ¿O

quién visitaba en Año Nuevo a su madre en Ansina? ¿O el vecino educado, querido y respetado por todos?

¿Quién es mi abuela? ¿Marlene la niña rica expulsada? ¿La monja del convento? ¿La madre soltera en la calle?

¿O Susana la compañera de Juan, la abuela de Nico?

¿Quién soy yo Dylan o Nicolás? Escribiendo este relato busco la respuesta.

Luis Godoy

Azahara

Luego de años preso cumplí mi pena y me dieron la libertad, me encontraba con una barba desprolija, la piel de color amarillo y unas grandes ojeras. Salí de COMCAR. Lo único que tenía adentro de mi pantalón de jean viejo era un cupón que tenía valor para un boleto de Cutcsa que me dio un funcionario de INR en la ventanilla de valores. También me devolvieron un anillo con mis iniciales, una cadenita de plata con un dije en forma de cruz y mi cédula de identidad aún vigente. Me subí al ómnibus con un poco de vergüenza o una sensación extraña luego de años sin usar un medio de transporte. En el ómnibus había asientos vacíos y me senté bien al fondo del lado de la ventanilla.

Pensaba ¿qué voy a hacer ahora?, había fallecido mi mamá y regresar a su casa me producía una terrible nostalgia, yo sabía que una vieja amiga guardaba las llaves de su casa.

Llegué, recorrí la casa y con una mezcla de recuerdos bonitos y otros en donde no podía contener el llanto, tomé una decisión difícil, pero debía hacer algo con mi vida y mi futuro. Puse a la venta unos muebles antiguos de roble, un candelabro de plata, unas copitas de cristal, un juego de tomar té de vajilla inglesa

y con lo que recaudé, junté y guardé la plata. Había conseguido un empleo en una empresa pública con la ayuda de DINALI (Dirección Nacional de Apoyo al Liberado) el contrato fue por unos meses y cuando me iban a renovar el empleo en AFE pedí la renuncia para hacer un viaje. Elegí irme a España.

Yo estaba viviendo en una pensión en el barrio de la aduana, preparé mi equipaje que era chico, apenas unas valijas con ropa usada que había comprado en la feria de Tristán Navaja y tres libros para leer, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Rayuela* de Julio Cortázar y *La tía Julia y el escribidor* de Mario Vargas Llosa. Obras emblemáticas que me acompañaron en oscuros calabozos en el pasado. Me tomé un taxi y fui al aeropuerto de Carrasco, ya había pagado el pasaje, hice el check-in, mi valija pasó por un escáner y llegué a la ventanilla de aduana donde me pidieron el pasaporte. El oficial miraba el monitor de la computadora y me miraba a mí, así en dos o tres ocasiones, hasta que tomó un Handy, hizo unas preguntas y me dijo: —¿Señor, usted tiene antecedentes? Respondí con firmeza que sí, me miró de nuevo, selló ... y me dijo —Ok, puede pasar.

Subí al avión y aterricé en el aeropuerto de Barajas, Madrid. Todo había salido bien y estaba en Europa, me alojé en un hotel barato y salí a conocer Madrid, me gustó un bar antiguo, El Torero, y entré. Pedí un whisky y a mi lado había una mujer de hermosos ojos verdes algo tristes y una sonrisa extraña, indulgente, enigmática que me despertó curiosidad. No se parecía a nadie, el cuerpo era esbelto y diminuto, vestía con saris combinado con una chaquetilla occidental. Había en ella mucho de occidental, le pregunté su nombre y me dijo Azahara, hermoso respondí y ella contestó que significa flor luminosa.

Le pregunté de dónde era y me dijo que había nacido en Palestina que es una nación árabe que hace años entró en guerra. También le pregunté por su familia y me contestó que actualmente vivían en un bunker en Jerusalén, su madre ya estaba cansada de los fusilamientos a sacerdotes y estudiantes. Cansada de los incendios de casas e iglesias, de los degollamientos a muchas mujeres y niños que, en su mayoría, eran inocentes. Salimos del bar y estuvimos en la plaza de la Cibeles, en la puerta de Alcalá y cenamos una paella en un restaurante.

Le pedí si quería venir conmigo y respondió que sí. Nos besamos. Le conté que mi vida había sido un desastre y quería cambiar para siempre.

Ella me entendió y no me soltó la mano, nos quedamos juntos, nuestras vidas habían sido sufridas, ella escapando de la guerra y yo de muchos años tras las rejas en mi país.

Nos pusimos de novios. En una florería le compré y regalé un ramo de jazmines y le pedí que, por favor, se casara conmigo. Respondió que sí, me abrazó y fuimos felices hasta el día de hoy, con una interminable ternura que devolvió el amor a mi vida después de tanto dolor.



Ilustración: Luis Silva

Félix Bogado

Historias de campo

Describiremos acá
(sin temor a equivocarnos)
qué le pasó a Juan Bernardo
y a doña Cándida Paz.

Campesinos naturales
eran del pueblo La Cruz,
y como yo y como tú
de buenos, daban señales.

Ochenta años y setenta
cargaban sobre sus hombros
y su casa, aunque en escombros,
no estaba para la venta.

Vivían humildemente
y como todo rural
tenían lo elemental
para vivir dignamente.

Eso sí, ¡supersticiosos!
Eran a carta cabal
y no faltó el que hable mal
de los cientos de curiosos.

Decían que a la tormenta
la cortaban con un hacha
y a la teta de la vaca
también y más de la cuenta.

Odiaban los gatos negros
y los vi más de una vez,
de rodilla y de pie
rezando Ave y Padre Nuestro.

Al séptimo hijo mataron
por eso del lobizón
y al octavo por gruñón
un viernes santo colgaron.

A una bataraza, el pico,
le cortaron y la cola
a un gato y a una gata angora
que apareció, de un milico.

Un ombú que en la cuchilla
como adorno se encontraba,
sufrió una tremenda tala
y pasó de adorno a astillas.

Decían que una luz mala
los tenía medio locos
y que a Aquiles y Patroclo
le presentaban batalla.

Que un espectro los seguía
cual sombra y a media noche
las bocinas de los coches
del camino los perdía.

Que el abrirse de las puertas
y cerrar de las ventanas
de la noche a la mañana
los mantenía en alerta.

Que un viejo con su hija en brazos
al cementerio marchó
por el menor que tiró
erró en esta ocasión al blanco.

La lluvia representaba
las lágrimas de la niña
y en las luces amarillas
el dolor del viejo estaba.

Aquel noctámbulo ser
(dueño y señor de la noche)
apareció a las once
y se iba al amanecer.

Los viernes como los martes
frente a una cruz se paraba
y en silencio recitaba
Sabe uno qué disparate.

Que enloquecieron dijeron
unos antiguos vecinos
y que al galpón y al molino
unos nuevos destruyeron.

Que asombrado aquel lugar
no era ninguna noticia
y que acudió la justicia
el fiscal y juez de paz.

Por último lo que hicieron,
fue una máquina de llevar
y comenzar a tirar
todito lo que en pie vieron.

Pero hermanos, ni con eso,
se dejaron de ver cruces,
apariciones y luces
sobrevolando los huesos.

Así un comienzo feliz
acaba y de la memoria
no me olviden esta historia
no desmentida hasta aquí.

Johonattan Rodríguez

Momento de luz

Luz, una muy cegadora, tanto que me desorienta, parece una explosión muy grande, siento mi pulso, algo se acerca, miro por la ventana y veo un gran estruendo, pero no, no lo oigo. ¿Cómo puedo presenciar tal estruendo y no oír más que mi latir? Miro una vez más mi teléfono ... ya no contestaré ese whatsapp. Ahí está esa explosión, viene ... lo siento y exhalo. Todo levanta temperatura, se desglosan las construcciones a tan solo metros.

Tras ese paisaje tenebroso ... polvo, humo y fuego, se acerca, el aire se detiene, me cuesta respirar, me asfixio, y mi piel me quema, la luz me quema, lo huelo, se destruyen mis paredes, los cuadros se derriten, ya nada me separa del rugir de esa explosión, me envolvió y ya no puedo dejar de oír el poder de la destrucción absoluta. Ya solo puedo ver como me desintegro y solo, solo...

Mis últimos pensamientos a 1,5 segundos después de caer la primera bomba atómica, en Mariscal, Lavalleja, Uruguay.

Katerin Támara

Una noche aterradora de verano

Cuando era muy joven, en aquel entonces tenía apenas 11 años de edad, me ocurrió algo que a la fecha me ha hecho creer que a la par de lo que vemos existe un mundo espiritual, un mundo que está más cerca de nosotros de lo que creemos, y es apenas una línea muy frágil y delgada la que nos separa de él. Pienso que es una barrera muy débil detrás de la que, a veces, suceden cosas inexplicables.

Esto sucedió en el lejano año de 1990 y no he vuelto a experimentar algo tan macabro como en ese día. Entonces vivíamos en un rancho, mis padres eran encargados de una estancia, tenían que trasladar los alimentos de los animales y darle mantenimiento a todo lo que fuera necesario, vehículos, construcciones y todo el equipo existente.

El rancho estaba muy lejos de cualquier pueblo y no teníamos electricidad para iluminarnos, una vez que se ocultaba el sol utilizábamos velas y lámparas a gasoil. En ese tiempo mi familia estaba conformada por mis padres, mi hermano, que es un poco más grande, y mis dos hermanas pequeñas. La casita en la que vivíamos tenía solo dos cuartos, uno era el dormitorio y el otro la cocina, estaban uno a cada lado, separados por un pequeño

pasillo y el baño quedaba fuera, teníamos que salir y caminar unos cuantos metros para poder llegar hasta allí.

En la noche que sucedió esta terrible experiencia era verano y mi hermano y yo teníamos mucho calor así que decidimos dormir afuera de los cuartos, en el corredor de entrada a la casa. Ese lugar estaba protegido por una delgada malla que evitaba que los perros ingresaran. Hicimos un tendido con cartones y encima pusimos varias frazadas para no quedar directamente en el suelo. Era la primera vez que dormíamos afuera. Esa noche en especial el calor era insostenible, pero mis padres y mis hermanas pequeñas se quedaron adentro. Alrededor de las 3 de la madrugada me desperté porque necesitaba ir al baño, abrí la puerta de malla y salí de la casa, me sentí muy a gusto con el aire que venía de todas partes y una luna que iluminaba todo con claridad, era la única fuente de luz que teníamos allá afuera. Regresé al corredor y me acosté, estaba boca arriba con los ojos cerrados, disfrutando de la fresca corriente de aire que entraba por la puerta, de pronto escuché el sonido de la puerta que se abría lentamente. Pensé que había sido mi papá que se había levantado para ir al baño pero no lo escuché salir. Creí entonces que solo la había abierto para que entrara un poco más de aire, así que no le presté atención, no abrí los ojos, y traté de seguir durmiendo. Justo en ese momento escuché la risa burlona de una niña pequeña: *Jajaja*. Aunque tengo hermanas menores, eso no se escuchó como si proviniera de ellas. Confundido abrí los ojos y miré por la puerta, entre toda aquella oscuridad vi a una niña que se estaba asomando detrás de la puerta, solo podía ver la mitad de su cara, que era su ojo izquierdo, la mitad de una sonrisa que dejaba ver sus dientes y también parte de su cabello lacio. Cuando se dio cuenta que la estaba viendo cerró la puerta y volvió a reírse, pude escucharla claramente. Esa niña estaba jugando conmigo, pero yo

no sabía qué sentir o qué pensar. Tenía la seguridad de que ella no era ninguna de mis hermanas, pero no me cabía en la cabeza que podría ser otra cosa ya que no teníamos visitas, no era de ninguna otra familia. Me quedé inmóvil, acostado, mirando hacia la puerta y sorprendido por lo que estaba sucediendo, de pronto escuché el sonido de la puerta que se abría nuevamente, pero ahora se abría completamente. La niña se puso justo debajo del marco, se dejó ver entera y ahí sentí el mayor miedo que he experimentado en toda mi vida. En ese momento comprobé que tenía razón, no era ninguna de mis hermanas, pero lo peor y más escalofriante de todo es que ella estaba flotando a varios centímetros del suelo, justamente en la entrada. Mi corazón latió muy fuerte al verla, intenté comprender lo que estaba pasando. Recuerdo claramente que era una niña pequeña, tal vez de unos cuatro o seis años, su cabello era lacio, tenía un vestido blanco. Ella sabía muy bien que me tenía aterrado, lo sé porque volvió a soltar una risa escalofriante. Volvió a meterse en cuarto y cerró la puerta nuevamente. Luego volví a escuchar el ruido de la puerta que se abría y allí estaba nuevamente, parada en el umbral, y volvió a repetir la misma acción, como si estuviera jugando conmigo. Su risa era inquietante, extraña, su recuerdo me causa escalofríos. Intenté tirar de la frazada para cubrirme completamente, de pies a cabeza, pero mi hermano la tenía enredada en su cuerpo y no pude cubrirme como quería. Así que lo único que pude hacer fue acostarme boca abajo para no verla más, esperando y deseando que pudiera volver a sentirme seguro, pero fue todo lo contrario. Escuché su risa más cerca y sentí que se había colocado a mi lado, estaba aterrado, nunca me sentí tan vulnerable, y ella hizo lo que nunca esperé que hiciera, se agachó y empezó a hacerme cosquillas en las costillas. Seguí acostado boca abajo tapándome la cara con los brazos y le gritaba que se fuera y que me dejara en paz pero no lo hacía, ella seguía riéndose y divirtiéndose

conmigo, lo extraño es que nadie parecía escuchar mis gritos, ni siquiera mi hermano que estaba durmiendo a mi lado. Finalmente, después de no sé cuántos segundos o minutos, desde el interior del cuarto, mi padre preguntó qué me pasaba y después se levantó y salió del cuarto con una lámpara en mano. En ese mismo instante dejé de escuchar las risas de la niña y me dejó en paz, creo que fue entonces que desapareció ya que no la volví a ver.

Después de eso mi padre solo me preguntó qué pasaba y si estaba bien, me levanté y entré corriendo al cuarto, estaba al borde del llanto, le conté todo lo que había pasado y creo que sí me creyó desde el primer instante ya que no quiso que me fuera a dormir en el corredor. Esa fue la primera y única vez que dormí afuera, ya estando más tranquilo no me explicaba cómo la niña había abierto la puerta, ya que siempre la dejábamos trancada con un alambre para que mis hermanas no fueran a salir de noche hacia el campo. Pero esa niña la abrió como si nada y cuando mi padre se levantó a ver qué pasaba él tuvo que quitar el alambre primero para abrir la puerta, es una de las tantas cosas que no me explico cómo pasó, cómo mi hermano no se levantó hasta la mañana siguiente y no se dio cuenta de nada, hasta el día de hoy. Treinta y tres años después no sé quién pudo ser esa niña, pues por suerte fue la única vez que la vi, cada vez que recuerdo esa experiencia me dan escalofríos, aunque pensando bien, esa pequeña no era mala, más bien era un alma buena, juguetona y que esa noche decidió divertirse conmigo. Sin embargo, mientras ella jugaba yo me moría de miedo, por lo cual, a partir de esa noche no nos íbamos a dormir sin encender una vela y rezar por su alma, creo que eso ha ayudado a que no volviéramos a verla.

Daniela Aberasteguy

La historia de Aurora

En una tarde de invierno en un pueblo pequeño de pocos habitantes, Aurora una chica de cabellos rojos, de ojos celestes, complexión pequeña y mirada cansada, se dirigía en bicicleta a su trabajo, un hospital psiquiátrico. Allí cuidaba a una señora cuyo nombre era Lorena, internada en ese lugar. Ese día, como casi todos los días, Lorena esperaba a Aurora ansiosamente para charlar con ella y mostrarle sus dibujos, Lorena tenía un cariño especial por Aurora y Aurora retribuía ese cariño. En la habitación 402 era donde se encontraba Lorena, ahí estaba sentada en su cama con una sonrisa, con los brazos abiertos para darle un abrazo. Aurora se acerca y ella le dice suavemente al oído —Llegaste, mi niña. Ahora sí voy a descansar —se recostó en la cama y durmió profundamente, a causa de la medicación que tomaba.

Aurora acomodó su cabeza en la almohada, la cubrió y se sentó en una reposera, sacó un libro de su bolso de color rojo y se puso a leer, pero no podía concentrarse en la lectura, tenía una sensación extraña que la inquietaba pero no sabía qué era.

En esa noche muy fría, en esa sala tenebrosa, esos pasillos silenciosos y oscuros de ese hospital, Aurora se quedó dormida

pero pasó algo muy extraño, ella despertó muy asustada, no se podía mover de la reposera, intentaba mover su cabeza, sus brazos, pero no podía, a su vez, se veía a sí misma sentada en esa reposera como si su espíritu hubiese salido de su cuerpo. De repente vio que la puerta de la habitación se abre muy lentamente y entra una luz muy fuerte y clara, apenas podía mover la cabeza cuando la puerta se abre por completo y esa luz alumbra toda la habitación. Ve a una mujer parada en la puerta, con cabellos rubios, su piel blanca, sus labios de un rojo intenso y su ropa blanca como la nieve. Aurora estaba paralizada, no conseguía moverse, lentamente esa mujer se fue acercando en dirección a ella acarició su cabeza tres veces mientras la miraba fijamente. Aurora experimentó una sensación de alivio y tranquilidad y, de pronto, desapareció con su luz y la habitación quedó totalmente a oscuras, ella se levantó de su reposera corrió hacia la puerta, miró a los lados y ya no estaba.

A la mañana siguiente Aurora le preguntó a una de las enfermeras que trabajaba allí por esa mujer y la describió, la enfermera la mira fijamente con cara de asombro, queda en silencio por unos segundos, suspira y le dice: —Esa persona que describes murió hace 25 años, fue paciente de este hospital, su esposo la internó y nadie la visitaba. Ella se llamaba Samanta,, todas las mañanas paseaba por los pasillos del hospital siempre tenía en sus brazos una muñeca y la llamaba Aurora, nunca la dejaba y tampoco dejaba que la tocaran, era como si fuera su hija, era su pequeña Aurora. Un día las enfermeras notaron que Samanta no se vio paseando por los pasillos como todas las mañanas y les resultó extraño, fueron a su habitación, la 402, y ahí estaba su cuerpo colgado y sin vida, la muñeca que tanto quería estaba en la bañera desbordante de agua. Aurora,

impactada por el relato de la enfermera quedó ppensativa, parada en medio del pasillo sacaba sus propias conclusiones: eso sucedió hace 25 años, la edad que tengo hoy, esa muñeca, Aurora, tenía nombre. Por Dios que fue lo que pasó. Aurora salió corriendo hacia la habitación, su paciente aún dormía, agarró su bolso y se marchó. Nunca más regresó a ese hospital.

¿Será que esa muñeca era ella?

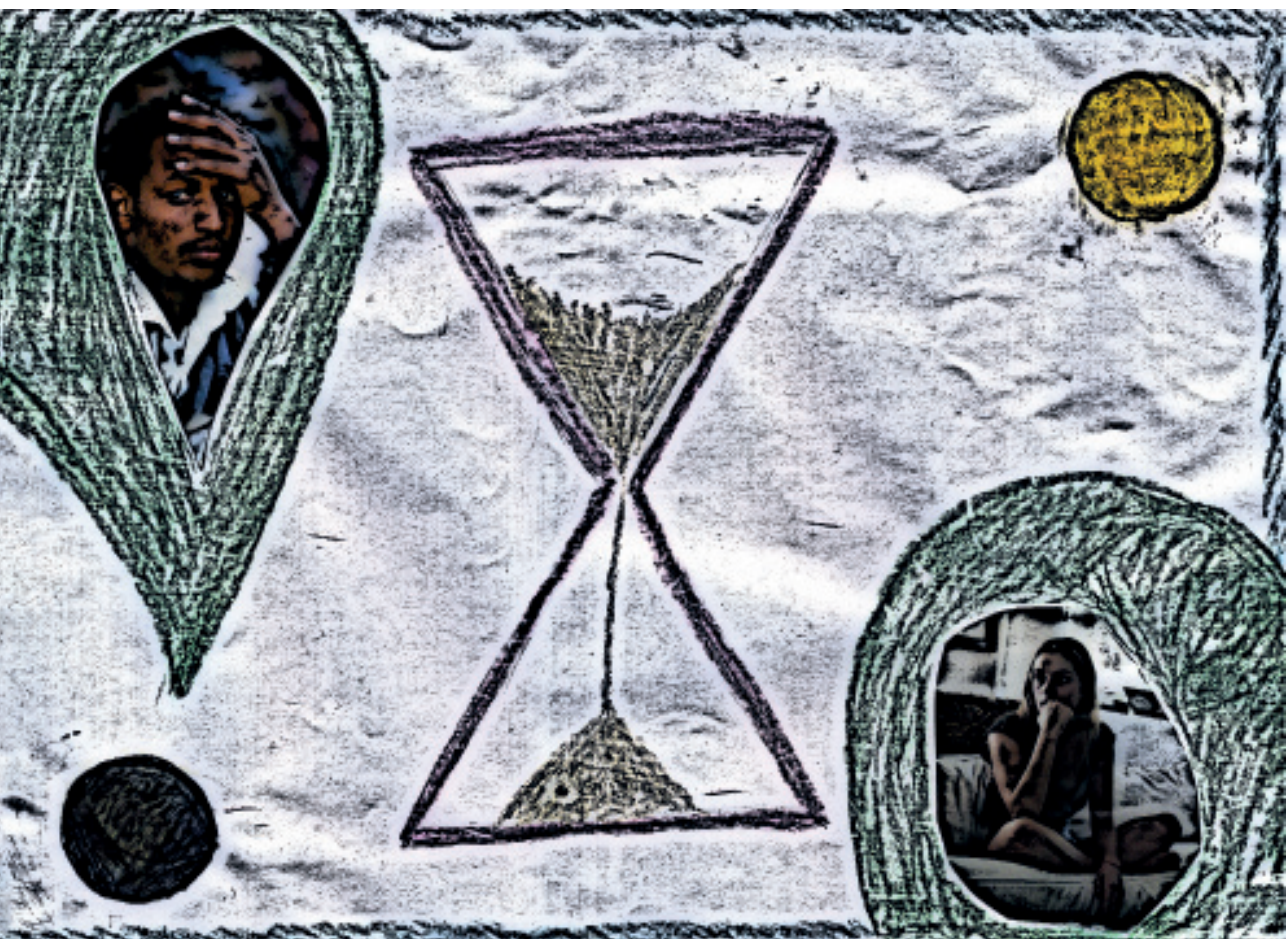


Ilustración: Carlos Olivera

Mauricio Amoroso

Corredores desolados

*Si este fuera mi último poema,
Insumiso y triste,
Raído pero entero,
Tan solo una palabra escribiría:
Compañero.*

Mauricio Rosencof a Eleuterio Fernández Huidobro.

Cuando hacemos hincapié en la memoria nos encontramos con una clara anomalía. Y me refiero al orden cronológico de los sucesos y los acontecimientos. Cuando recordamos una fecha en particular y la comparamos con toda la trayectoria transcurrida entre ella y la actualidad. O sea, sintetizando, me refiero a que si me pongo a recordar la primera vez que cruce este pasillo, bueno, en realidad la tercera, rumbo a conocer al verdugo, ya que en la primera y la segunda una capucha me cubría la cabeza y las manos las tenía esposadas sobre la espalda.

Si me pongo a hurgar en mi difusa memoria, pareciese que ese día fue ayer, pero a la hora de pensar todo lo afrontado, podría decir, sin vacilar un solo segundo, que llevo cien años aquí, aunque en realidad hace cuatro décadas que no sé lo que

hay en el mundo exterior, lo que existe detrás de estas grises y sucias paredes.

Para fortuna mía y desgracia de ellos, me tuvieron nada más que un lustro entre ellos, fueron sesenta largos y pesados meses sin mencionar una palabra, mucho menos un nombre, una dirección o un número telefónico.

Y estos treinta y cinco años restantes fueron aún peor a diferencia de los primeros cinco de tangibilidad. Quisiera estar o haberme quedado impregnado en mis huesos dentro de una fosa, con cal encima en las afueras de este lugar, o haber servido de aperitivo a algún animal acuático oriundo del Río de la Plata. Pero no, no hubo descanso eterno para mí. En lugar de eso, me fue otorgada esta prolongada agonía.

En los primeros años sentí pena por mis compañeros de lucha, pena ante sus desgarradores gritos que retumbaban en todos los rincones de este lugar. Pero también pena de mí mismo, la nostalgia sentimental que apreciaba mi pecho al tocar mis testículos mutilados por la descarga eléctrica que proporcionaba la picana. Mi piel con un peculiar sarpullido, producto de acostarme sobre mi propio orín y materia fecal. Sin menospreciar lo indispensables que fueron a la hora de poner las manos en forma de cuenca para hidratarme, y las veces que me alimenté gracias a lo expulsado por mi anatomía, tanto por la boca o el recto. La deformación de mis muñecas debido a las eternas horas con las esposas puestas y las interminables noches colgado de ellas sin lograr conciliar el sueño.

Pero esos fueron, de alguna manera, los tiempos más afables que me tocó vivir, ya que los siguientes dos lustros como espectro,

la situación fue insostenible. Me refiero a presenciar cosas aberrantes hacia personas allí secuestradas por un solo concepto o prejuicio: pensar distinto. Cuando uno es el actor principal de la tortura en modo de interrogatorio, al único que le dedica una profunda lástima es a uno mismo, ya que esos puercos parecieran disfrutar el momento. Pero cuando uno, como es mi caso, tiene la desgracia de estar presenciando dicho acto, inmóvil e impotente por la desdicha de no poder hacer nada, ni intentar disuadir al agresor ni tampoco salir a dar aviso en busca presurosa de ayuda, no le queda otra que sentir un enorme repudio hacia la bestia y una profunda lástima por la víctima. Acercarse y tomar su mano diciéndole al oído que todo va a estar bien, que en algún momento de sus mal paridas vidas pagarán por esos delitos de les humanidad, pero todo esto sin ser escuchado, sin ser tocado y sin ser visto.

Aquí he visto pasar mucha gente, fui partícipe involuntario de largos interrogatorios. He estado ante grandes resistidores de los métodos poco ortodoxos de los militares a la hora de sustraer información y también he presenciado a los mejores soplones. Quizás sea por esa razón que aún estoy aquí, por no haber mencionado jamás a nadie, si es así, tiendo a jactarme de mi maldición. Aquí me he encontrado con personas conocidas, otras que no lo eran y también con amigos, de todas formas lo único que le agradezco a la vida es el hecho no menor de ver pasar por aquí algún familiar, solo de pensarlo me aterroraría. De todos ellos, la mayoría no tenía vínculo alguno con la causa, otros sí.

Una de las peores cosas en las que me tocó estar fue en la violación de Mariana. Ella se encargaba de la imprescindible labor de dar la documentación apócrifa, ya que era bastante idónea en la falsificación. Había colaborado desde su mal

habida profesión con varios de los fugados del penal de Punta Carretas, información que ya manejaban los cerdos. Cuando vi llegar el móvil militar pude apreciar que era ella, por más que llevara, en cumplimiento del protocolo de seguridad la capucha puesta, la delataban sus majestuosos e inigualables senos. Ya llevaba un tiempo aquí y sabía que aquella muchacha, muy buena moza, sería uno de los mejores botines para la guardia de la noche. Por supuesto, pusieron de manifiesto su maligna inteligencia y empezaron abusar de ella antes de quemarle la piel de la vagina y la punta de los pechos con la picana, o desfigurarle su hermoso rostro a golpes de puño. El primero en hacerse de la conquista fue un sargento, mientras un soldado raso le sostenía las manos contra el suelo. La despojaron de sus prendas a la fuerza, mientras que la bestia se las ingenió para disfrutar, al menos él. Una vez que consiguió la eyaculación dio lugar a sus camaradas para que se entretuvieran. Lo cierto es que aquel acto duró hasta las cinco de la mañana. Logré contar un desfile de veinte hombres, cuando se retiró el último entré para que de alguna manera no se sintiera sola después de todo, si bien no era visible para ella, mi compañía era más grata que la de los que la habían visitado momentos antes.

Se encontraba contra un rincón del calabozo tapando su rostro con las rodillas, sus brazos abrazaban sus piernas. Me agaché y le dí un fuerte abrazo, lógicamente no lo advirtió, lucía avergonzada, humillada y, peor aún, físicamente bastante golpeada, se notaba que en el momento de intimar no eran para nada románticos. Mariana duró poco tiempo allí y fue trasladada a otra dependencia, jamás escuché a ningún soldado volver a hablar de ella, solo espero que la vida le haya regalado otra oportunidad de volverla a vivir.

Por fortuna en el país las urnas se volvieron a habilitar y, si bien, esto sigue oficiando como base militar, ahora los cerdos solamente están para cumplir un horario y tomar mate en demasía. He visto a muchos subir de grados y a otros jubilarse con treinta años de servicios. Lo bueno de todo esto es que ya no tienen la potestad e impunidad para albergar inquilinos, a no ser cuando un soldado es sorprendido por un superior durmiendo en su puesto de guardia y es arrestado por diez días, en condiciones completamente diferentes a la que se encontraban los *terrorista de estado*. Y yo seguiré aquí, por los siglos de los siglos, pero sin poder decir amén.

Julio Viera

Las ruinas

Hola me llamo Marley, Henry Marley, tengo 63 años y esta es mi historia..

Todo comenzó en México o, mejor dicho, allí terminó. Acababa de mudarme para Tijuana a la casa de mis dos hijos, estaba sufriendo la pérdida de mi esposa que no era la madre de mis hijos. Ella había fallecido hacía mucho tiempo, pero eso no va al caso, la cuestión es que yo vendí mi chalet para mudarme con mis hijos y así aliviar mi dolor y calmar mis penas.

En las noches iba a un bar y fue ahí que comenzó esta historia.

De camino a la casa pasaba por un lugar antiguo donde se llevaban a cabo rituales y sacrificios, me decían que no tenía nada que temer. Un día me llamó mucho la atención los llantos y risas que se escuchaban en el lugar, miré hacia dentro y ví a dos personas que corrían. No lograba distinguir bien ya que era de noche y esa zona estaba muy oscura, lo que sí escuché fue *Te vamos a quitar la vida*, no di importancia y seguí mi camino.

Al día siguiente fui al bar por unas copas cuando de regreso pasé por las ruinas, de nuevo me gritan *Te vamos a quitar todo lo que te queda*, así que apuré el paso y de la nada me atacaron dos,

no les veía sus rostros, estaba todo oscuro, ellos también, como si fueran demonios. Pero yo no creo en esas cosas y me dije que era mi imaginación. Me golpearon tan duro que apenas podía caminar. Al llegar a la casa de mis hijos, ellos se preocuparon mucho por mis heridas, yo traté de tranquilizarlos y minimizar la situación. Me fui a mi cuarto, cuando de pronto siento una carcajada, me dolió muchísimo pensar que mis hijos se rieran de mi estado, si a ellos no les importó que me hayan lastimado es porque no me quieren, lo que quieren es el dinero de la venta de la casa. ¡Yo les voy a dar”

Al día siguiente les volví a contar a mis hijos lo que me había sucedido en la noche y ellos se preocuparon, pero yo me di cuenta de que todo era mentira.

Así que a la noche decidí ir al bar, me calcé un cuchillo en la cintura y me fui por una copas y de salida esperé y esperé en la puerta de ese lugar, hasta que ellos aparecieran. Pero nada ... pasaban las horas y nadie aparecía, hasta que de la nada mis hijos llegan diciendo —Papá, nos tenías preocupados, te estábamos esperando —saqué mi cuchillo y les dije— Yo los estaba esperando. —Así fue que los acuchillé de tal forma que murieron en el momento. Mientras les gritaba —Cómo pudieron hacerme esto, yo, que todo se los dí y así me pagan, queriendo quedarse con mi plata.

De repente oigo llantos o risas, no sé, era una voz escalofriante que me decía: —Te dije que te íbamos a quitar todo lo que te quedaba y los hicimos. A ver cómo podés vivir ahora.

En ese momento tomé conciencia de lo que había hecho y esas figuras, mientras tanto, no paraban de reír.

Yimi Soto

La Foto

Recuerdo la vez que estaba con mi hermano más chico y con mi amigo *el Loquito* (le decíamos así porque realmente estaba medio loco). Recién nos habíamos mudado a la ciudad de Las Piedras y enfrente a mi casa había un gran campo. Era un día de lluvia y estábamos muy aburridos.

Pasábamos el tiempo mirando fotos en Facebook y de repente una nos llamó la atención. Era la foto de un hombre arriba de un caballo, la foto tenía muchos «me gusta» y también un comentario de la novia que decía «Te amo mi amor lindo».

Mirando la foto el Loquito me dice: —Mirá, ese feo tiene novia y yo no, debe ser porque tiene un caballo. —Nos reímos y luego mi hermano contestó. —Yo tengo una idea para que tengas novia, si te sacás una foto con una vaca y la subimos al Facebook, seguro vas a conseguir-.

El loquito me miró y me dijo: —¿Vos decís que si hago eso puedo conseguir una novia? —Yo le contesté que sí, que obvio y que posiblemente muchas. El loquito preguntó rápidamente —¿Cómo hago para sacarme esa foto? —Le dije que era fácil, que era cuestión de agarrar una cuerda, cruzar al campo y correr una

vaca hasta agarrarla. Salió de inmediato, cuerda en mano. Mi hermano y yo lo veíamos por la ventana y nos reíamos.

De repente vimos que el Loquito soltó la cuerda y comenzó a correr de vuelta hacia la casa, tenía cara de asustado, muerto de miedo. Cuando llegó, entró y dijo: —¡Salió el dueño a los gritos! Se creyó que le estaba robando la vaca! Traté de explicarle que solo quería sacarme una foto para poder tener novia —pero me gritaba— Salga de acá bandido, porque si acá no podés tener novia, voy a llamar a la policía a ver si en la cárcel te conseguís una.

Martín Azambuya

Ella

Despertó. Giró lentamente en la cama y allí la vio. Tan hermosa y refulgente, tan vulnerable y radiante, durmiendo tan cerca y tan apacible. Pudo sentir su serena respiración. Observó su tórax subir y bajar sutil y acompasadamente. Su cara mostraba una encantadora expresión de sosiego. Parecía sonreír. Su piel era luminosa, suave, resplandeciente. Su agraciado cabello se desparramaba, esplendoroso, lacio y castaño, sobre la más feliz de las almohadas. La habitación era muy clara, con un gran ventanal que dejaba entrar tanta luz que hasta casi encandilaba los ojos. Se le hizo imposible creer que ella realmente se encontraba allí, a su lado, en ese escenario de paz suprema, profunda, cálida. La sábana la cubría a medias dejando entrever sus agraciados pechos que caían hacia un costado, cándidos y adorados. Lo abordó el deseo de tocarla y comprobar su presencia, sintiéndose ilógico y confuso. Acercó su cuerpo al de ella y acarició suavemente sus cabellos, pudo sentir el aroma de su piel, el mismo que tantas veces había sentido, que aún despertaba sus más recónditos sentimientos, que avivaba ese fuego que alguna vez hubo que apagar de un baldazo de agua. Acarició su brazo hasta llegar a su mano, luego sus caderas y su espalda,

siguiendo con la mirada cada centímetro de su espléndida anatomía. Contempló, como en un estado de embriaguez de pasiones reprimidas, su delgado cuello, ese que había hecho a besos tan suyo en muchas interminables noches. Suplicó para sus adentros que ese instante durare para siempre. Quiso que el tiempo se detuviera allí, en ese segundo sublime, cuando la felicidad estaba siendo tan diáfana, tan luminiscente y tan palpable que hasta la hubiera podido sostener en sus manos como si fuera un trozo de sol. Arrimó su cara a la de ella y la besó en la frente, tocó su mejilla con el revés de su mano y apoyó en sus labios los suyos. La muchacha despertó, abriendo serenamente sus ígneos ojos. Al verlo esbozó una sonrisa. Él, incrédulo aún, dijo:

—Estás acá.

—Claro que estoy acá, tontito. —dijo ella suavemente y tocó su cara, de manera tan tierna, que le hizo humedecer los ojos—. Estoy aquí para ti.

—Decime que me amas —le pidió él, todavía dudoso.

Ella sonrió y se sentó en la cama. Él hizo lo mismo. Se abrazaron muy fuertemente. Ella lo tomó por los hombros y lo apartó, mirándolo a la cara. Sus alegres labios empezaron a hablar:

—Tontito, por supuesto que ...

Despertó. El muchacho apagó la alarma de su teléfono celular y miró a su alrededor de forma inquisitiva y nerviosa. La habitación era pequeña y lóbrega y estaba desordenada y sucia. Se quedó contemplando por unos minutos el vacío a su lado, en la cama. Miró la hora, las siete y cinco de la

mañana. Se levantó de su lecho y se dispuso a vestirse de forma insubstancial y automática, entre botellas y cajas de vino vacías y colillas de cigarrillos. Se colgó su bolso de trabajo. Se dirigió, frívolo, como sin vida, hacia la puerta. Afuera la madrugada lo estaba esperando, oscura y fría... amarga... inhóspita... cruel... absurda.

Silvia Pérez

La historia de bichito ser

Érase una vez como mentira que es, la extraña ciudad de Papiros, con sus también extrañas casas donde habitaban los Bichitos. Inquietos, vivaces, etéreos. Físicamente eran largos, transparentes, delgados ... tan delgados que podían vivir cómodamente entre dos hojas de papel.

Un día Bichito Ser, de primer apellido De Luz (nunca recordaba si por parte de madre o de padre) y de segundo apellido De Oscuridad, sale de su casa, ya que era sábado, para juntarse un rato con los gurises. Vamos a lo de Guillermo propone un Bichito, ahí hacemos un fueguito nos sentamos alrededor a contar cuentos de terror, esos de las voces que no se saben de quien son porque no tienen nombre. ¡No, no y no! dice Ser (que era experto en tomar malas decisiones) vamos a lo de Marciano (el floridense) que es más divertido, siempre nos hace reír, ahí es todo joda, entre trago y pucho nos quedamos hasta el amanecer. Y para allá se fueron.

Pasaron de fiesta toda la noche los Bichitos, hasta que a las ocho de la mañana del domingo suenan las campanas de la casa sagrada y para ahí se encaminan. Bichito Ser que aún estaba bajo

los efectos de lo ingerido en la noche, entra a la casa sagrada riendo sin parar y justo ahí, ¡zas!, tremendo resbalón. Justo, justo donde decía «... fue crucificado, muerto y sepultado, al tercer día ... de entre los muertos».

Ser tembló de miedo, había roto un pilar fundamental de la casa sagrada y de la suya. Michael decía que ese error era castigado duramente. Y ahora ¿qué pasará? ¿Iré a la hoguera? Seré torturado en la plaza pública o, tal vez, la guillotina, el verdugo, sí, sí. Todo eso decían en casa.

Bichito Ser prontamente fue apresado y llevado ante las autoridades para ser juzgado por tan atroz delito y luego a cumplir su sentencia. Es llevado a un extraño lugar ... no es la plaza, no es el patíbulo ... ¿qué es? ¡Tal vez un castillo! Sí, sí, un castillo. Bichito saca sus propias conclusiones, está amurallado, los guardias custodian sus grandes portales, en Papiros decían que los castillos son así, ¡grandes aventuras se cuentan! Muchas personas de azul circulan por él, son príncipes y princesas azules, tiene grandes torres como los castillos de los cuentos, Michael las llama panóptico pero son torres, no puede ser tan mala la vida aquí piensa Bichito.

Bichito Ser De Luz es despojado de su ropa, le entregan a cambio otras y le dan instrucciones precisas. A la noche, ¡redoble de tambores! ¡uno! ¡desvestirse! ¡dos! ¡acostarse!

Al día siguiente, ¡redoble de tambores! ¡a trabajar! ¡redoble! ¡a estudiar! ¡redoble de tambores! ¡Redoble! ¡redoble!

Bichito está triste, no llore, ¡tome esta pastilla! ¿le duele? ¡otra! ¡redoble! ¡pastilla! redoble de tambores...

Un día Bichito Ser de Luz y de Oscuridad sale del Castillo jurando no regresar, quería aprender a tomar mejores decisiones, deseaba transitar siempre por caminos de luz.

Otros días, otros tiempos, otras casas de luz y de oscuridad visitó Ser. Otros castillos con otros príncipes y otras princesas. Otros juramentos de luz y de oscuridad se lanzaron al viento.

Finalmente, un día, junto a otros Bichitos de luz débil, casi apagada, salen a explorar casas de luz en la ciudad de Papiros. A su paso se sumaban más y más Bichitos y Bichitas tristes, con luces que ya no se encienden, eternos visitantes de los castillos. Los que por mucho tiempo fueron vigilados y castigados sumaron luces chiquitas y formaron entre todos una gran luminaria que les permitió a cada uno ser luz cuando otros son oscuridad y para mantener así iluminado el camino cada día.

Belén Machado

La corbata

Voy a contar una historia de Raúl y Natalia, una pareja de jóvenes enamorados que vivían en un pueblo llamado Camacho. Habían salido a bailar para festejar sus 3 meses de noviazgo. Pasaron una noche muy divertida con sus amigos en una discoteca. Era invierno y el clima del pueblo a esa hora de la madrugada se presentaba tremendamente frío, las paradas quedaban a unas cuantas cuerdas de sus casas así que al bajarse del ómnibus los novios comenzaron a caminar de apuro por las calles, tratando de estar a la intemperie el menor tiempo posible. El ambiente estaba solitario, silencioso y envuelto en brumas, con una luna llena, pero muy oscuro, no se podía ver nada. De pronto, cuando estaban atravesando uno de los lugares más emblemáticos del Pueblo Camacho, como lo es la plaza Los Cardenales, los jóvenes se sorprendieron al escuchar un sonido raro que provenía desde algún rincón del lugar, era como un aullido, propio de alguien que está solicitando ayuda, aunque no quedaba claro si era de un hombre o de una mujer o de un animal. Ese quejido los asustó, pero siguieron su camino, por allá volvieron a escuchar el mismo aullido, vieron entonces a un perro negro que estaba al lado de la fuente. Raúl y Natalia lo ignoraron y siguieron su camino como si nada. Pero el perro los

siguió y ellos lo corrían, pero nada. De repente, Natalia comenzó a sentir lástima por el pobre perro, le dio pena, hacía frío y estaba mojado. Decidieron llevarlo para su casa y lo ataron en la entrada con la misma corbata que traía de correa. Raúl y Natalia se despidieron con un beso para dar por terminada la noche. Él se fue a su casa y Natalia le dio de comer al perro, después se fue a acostar. Esa noche el perro no la dejó dormir, por eso ella se levantó varias veces. Tampoco dejaba dormir a los vecinos, no lo podía acallar, pero no lo soltó, y así estuvo hasta que amaneció. Cuando salió el sol se levantó y fue a ver cómo estaba, pero no se imaginó nunca con lo que se iba a encontrar. Cuando abrió la puerta se encontró con un hombre durmiendo en el jardín de su casa, era extremadamente delgado, tenía la piel muy pálida y descuidada y lo más raro de todo era que estaba desnudo, se sujetaba las rodillas en posición fetal, como tratando de proteger su cuerpo del frío y de los rayos solares porque le lastimaban. Intentaba pararse. Natalia al verlo quedó impactada porque vio que alrededor del cuello tenía la corbata que Raúl y ella le habían puesto. Natalia llamó a Raúl y le contó lo que estaba pasando. Él fue a su casa y no podía creer lo que veía, deciden ayudar al hombre que no se dejaba de tocar. Ellos no saben qué hacer, pero lo dejan ahí, le dan de comer, pero el hombre no podía abrir los ojos por la claridad y tampoco tomaba agua. Raúl se acerca para taparlo pero el hombre reacciona como para atacarlo, entonces se aleja y lo observa de lejos. Ese hombre emite unos sonidos raros, como quejidos, así pasa el día hasta que empieza a dar la sombra sobre el lugar en el que estaba. Así parece tranquilizarse. Natalia le tira un pedazo de carne cruda y el hombre desesperado la agarra y come, eso los asombró más todavía, porque no sabía frente a

qué se encontraban. Al atardecer cuando Natalia y Raúl salieron al patio él ya no estaba. decidieron ir a la fuente donde habían encontrado a ese perro y ¡vaya sorpresa que se encontraron!, en la fuente estaba la corbata de Raúl.

Ellos todas las tardecitas van al mismo lugar, pero el perro no apareció más. Raúl y Natalia siempre se preguntan qué fue de ese perro y qué fue lo que vivieron.

Paola Do Santos

Celda V

Pasaron once años, sí once años, y aún qué puedo decir ... qué puedo decir.

Y mientras pienso recuerdo y viajo en el pensamiento, qué decir cuando el recuerdo de aquel lugar no es muy grato. Trago saliva y sí, lo digo sin filtro. La tortura es el método sin dudas, el método totalmente naturalizado y se hace carne en lo institucional.

Qué idiota me siento y río, creyendo que el cambio era posible.

Y me avergüenzo no de mí, sino de lo que somos como sociedad.

Y bueno, qué decir, si tuvimos pabellones de la muerte, como en la cárcel de Miguelete.

Qué decir cuando tuvimos las latas en el penal de Libertad y aún hay rastros incrustados en cuerpos, en almas, en mentes que no olviden que laten en cuerpos marcados por el dolor y la tragedia de elegir delinquir, de elegir ser funcionario, elegir buenas elecciones si las hay y qué cuestionables pueden ser.

Celda V es un pequeño relato contado sin correcciones y de forma vomitiva ... salió así.

He visto la cara de un homicida con 15 años de encierro y he visto humanidad, he visto un violador y asesino de niñas he visto locura, y he sentido miedo. He visto muchos ojos apagados sin luz ni esperanza, he visto cuerpos que parecen no tener espíritu, he visto y he sentido el dolor masivo, el sufrimiento, la desesperanza, el odio, la traición, la venganza y la muerte rondando por los pasillos fríos, oscuros, completamente invadidos por olores que jamás había imaginado que existieran. Olor a cuerpos encerrados, sufriendo, olor a mugre, olor a muerte. He visto el cansancio de compañeros, frustración, descontento, la queja permanente por la dolencia instituida. He visto rabia, enojo, bronca, resignación, intolerancia, he visto reír, la felicidad en abrazos, miradas, no estamos solos ni solas. Mientras pensaba y sentía lo que esto me producía, esperaba parada, siento frío, el frío habitual del módulo que no cesa y otra vez la sensación y la pregunta frecuente, ¿qué nos hace tan inhumanos? ¿qué hago acá? ¿qué hago con todo esto? ¿dónde estoy?

Me acerco al guardia y le pido que me acerque a la celda cinco, necesitaba hablar con un interno, necesitaba saber de él, cómo estaba con la excusa de saber por qué no concurría a estudiar. Pero en realidad necesitaba verlo y saber si estaba bien, si no lo habían lastimado o si corrió peligro por alguna amenaza.

Había estado alojado en el celdario uno en un piso complicado donde estuvo amenazado él y sus compañeros de celda, y claramente tuvieron que defenderse. Fabián estaba bien, con vida, se sorprendió al verme y su mirada fué de agradecimiento, pero ya no iba a estudiar porque no era seguro. Es que la muerte y la amenaza es parte de la cotidianidad, es parte de lo perverso y siniestro del sistema. La celda era pequeña, para cuatro personas,

oscura, fría, con una pequeña ventana con barrotes, una puerta de hierro que cuando se cerraba, permanecía cerrada por horas, días, meses, años. La jaula era el infierno. Me alejé más tranquila y deseando que sobreviviera porque entendía que el castigo también es delito de un sistema pensado para el dolor, pensado para la tortura, alejado de una posibilidad de inserción social.

Fabián salió en libertad como tantos otros y así como tantos otros volvieron, no pudo apartarse del delito no pudo quitarse la celda aún, quedó atrapado en libertad.

Bernardo Soares

Historias, cuentos y leyendas urbanas de la frontera (Rivera)

Mi pueblo es un pueblo lleno de historias, cuentos y leyendas urbanas, algunas reales otras no tanto, cuentan que algunas veces en lo que es el Cerro del Marco (línea divisoria entre las ciudades de Rivera y Santana do Livramento), cuando todavía no estaba tan poblado, después de la medianoche, cuando la calle estaba silenciosa, de repente se escuchaba el arrastrar de unas cadenas y se avistaba a lo lejos un perro gigantesco, negro y peludo, fuera de lo normal. Cuando se aproximaba se veían sus ojos de un color rojo púrpura. Después de ver a ese animal y escuchar su aullido, que aterrorizaba, solo se escuchaban los gritos de quienes huían ante su presencia y el golpeteo de sus patas que se perdían en la noche.

Un día estaba en una chacarita charlando con un tío abuelo, escuchando sus cuentos de cosas que pasaban antes en el campo, de repente mira hacia la portera y venían llegando de a caballo dos conocidos míos, Juan y Pedro. Nos saludamos y mi tío abuelo los invitó a que pasaran al galpón, arreglamos y ensillamos un mate. Mi tío abuelo comenzó a contar sus cuentos

de lobizón, mientras el sol desaparecía en el horizonte, luego de varios cuentos y muchas charlas cenamos. Para cerrar la noche decidimos con Juan y Pedro salir a cazar, era una noche de luna llena, preciosa, iluminaba el campo dejándolo como si fuera de día. Ensillamos los caballos y nos preparamos para salir, cuando sale mi tío a la puerta del galpón y dijo así:

—Cuidado porque en ese corredor, entre los cerros donde ustedes van a pasar, en noches de luna llena se les aparece el diablo y hasta los caballos se desenfrenan y salen en disparada. —yo simplemente me reí y le contesté: —Tío, esas son historias que el pueblo cuenta para asustar a los bobos. —Él me respondió: —Mañana veremos si es historia para asustar bobos. —Yo respondí— Bueno, veremos, ¿me prestas tu revólver viejo? que no tengo arma corta para llevar a la cacería”.

—Claro, pero ten mucho cuidado con ese revólver viejo, bueno te veo por la mañana, que tengas suerte en la cazada.

—Gracias, tío. Nos vemos mañana.

Y de a caballo salimos los tres para la cazada, la noche estaba silenciosa, solo se escuchaba el golpetear de los cascos de los caballos, la luna brillaba con intensidad. Al llegar al famoso corredor entramos por él, comenzamos a seguir por un repecho con un cerro de cada lado y unos barrancos de casi tres metros de altura. A ambos lados el brillo de la luna llena nos seguía iluminando, fue ahí, mientras subíamos aquel repecho, que mi amigo Pedro asustado me dijo:

—¿Qué es aquello?

—No sé, pero lo que veo son como dos cuernos grandes y una cola que la menea de lado a lado de su cuerpo. —Y en ese momento se me pararon los pelos de punta, aunque no quería creer lo que estaba viendo, aquello estaba allí, intenté golpear con los talones el caballo pero el animal no avanzaba, por el contrario, se paraba en dos patas tirando patadas hacia el cielo. En ese momento, equilibrándome como podía, de un manotazo pude agarrar aquel revólver viejo y efectuar un disparo a la criatura, aunque creo, que por el miedo, no logré acertarle. Luego de ese estampido, el caballo salió en disparada hacia la silueta aterradora, solamente para descubrir que era un burro parado frente a nosotros. Entre sombras y luces la luna nos pegó el tal susto.

mec.gub.uy/pnec



Ministerio
**de Educación
y Cultura**



Dirección Nacional
de Educación



Plan Nacional
de Educación en Cárceles